
Juan Carlos Boveri
Como ojos que miran las basuras

Imagen: La modelo del artista – Caleb Althin

Ruth

1

Anochece en Berlín. Hace frío. Las calles están mojadas por la llovizna. Tengo hambre. Pienso en la cena. Ni siquiera tengo un presentimiento sobre lo que está por suceder. Estoy a punto de ser parte de la catástrofe.

Fui señalada desde mi nacimiento para ser arrastrada hacia la desgracia. No pienso engañarlo o callarme algo que me avergüenza. Cometí actos egoístas. Crueles. Fui cruel. Lo que pasó con mi hija y mi familia fue mi castigo. Siempre somos castigados. Tarde o temprano, la vida nos golpea muy duro por el mal que hicimos. Nadie se escapa a esto. Es una ley que gobierna a todos los hombres. Una justicia que no es la de este mundo.

Fíjese que no le dije que fuera Dios el responsable. Siempre recé. Mucho más cuando comenzó el horror. Después, entendí que estaba completamente sola. Dios no me había abandonado. Dios no existe. Y si existiera, sería la peor de las inmundicias del universo por permitir tanto dolor e injusticia.

2

Me pusieron el nombre de mi abuela Ruth. Ella me toma de la mano y me lleva a pasear junto a mi hermano Jacob. Vive con nosotros desde que enviudó. Mis padres le dieron el cuarto que compartíamos con Jacob.

Nos ubicaron en el cuarto de servicio, que es muy pequeño para nosotros dos pero no protestamos. Queremos a la abuela. Ella nos lee cuentos de *Las mil y una noches* hasta que nos quedamos dormidos. Mi abuela Ruth es la causa de mi castigo.

3

Un viernes por la noche hay un baile en la escuela. Es la fiesta de egresados. Todas las chicas estuvimos meses pensando en el vestido que nos pondríamos. El mío es azul, con una cinta de seda que se ajusta a la cintura, ligeramente escotado. Al verme en el espejo del dormitorio de mis padres, quedé fascinada. Mi madre dice que nunca me ha visto tan hermosa, y hasta mi padre, tan renuente a demostraciones de cariño, aprueba con un movimiento de cabeza.

—Parecés una ternera envuelta en una cortina —dice Jacob.

No me ofende. Al contrario, me causa gracia. Sé que no es lo que realmente siente pero es su manera de tratarme. Los hermanos de mis amigas les dicen cosas peores. No sé por qué siempre hay tanta tensión entre los hermanos. Tal vez, sean celos, competencia. Quizás, una secreta atracción que se esconde por detrás de los malos tratos.

Quiero mucho a mi hermano y sé que él me quiere. Jamás entendí por qué razón uno trata mal a la gente que ama. Cuando llegan visitas se les ofrece la copa del mejor cristal y el plato de la mejor porcelana. Para aquellos que son parte de nuestra vida más íntima, les damos un vaso de vidrio o un plato de loza cachada. Aprendí a darle la mejor de las copas a quienes amo. Es una pena que lo aprendiera demasiado tarde.

Le decía que estoy feliz con mi vestido nuevo e impaciente por ir de una vez a la fiesta. Mi madre va a acompañarme. Ella luce un elegante vestido nuevo y se arregló el cabello yendo a la peluquería. Mi abuela se fue a acostar. Me pidió que fuera a su habitación antes de irme.

Golpeo a su puerta y entro. Parece dormida. La llamo, la toco, la zarandeo. Su pecho permanece quieto. No sale aire de su nariz. Estoy a punto de gritar. Pero no grito. Pienso en mi vestido,

en el baile, en un chico que me gusta. Puedo contenerme. Si llamo a alguien, pierdo todo eso. Si me callo, nadie entrará al dormitorio hasta mañana, cuando noten que ella, la primera en levantarse, todavía permanece en su cama.

En voz alta, digo:

—Gracias, abuela. Hasta mañana.

Cierro la puerta del cuarto.

—Estás pálida, ¿te sentís bien? —me pregunta mi madre.

—Tengo un poco de náuseas.

Sonríe.

—Voy a traerte un vaso con agua y limón. No te preocupés. Son nervios. Cuando estés en el baile, se te pasan. A mí se me cerraba el estómago y me transpiraban las manos en ocasiones como esta —dice.

Suena el timbre. Un coche nos espera para llevarnos. Mi madre y yo salimos a la calle.

Mi abuela se queda ahí, en la cama, muerta.

4

Comienza a lloviznar. Las luces de las calles se encienden. Camino más rápido. Llevo a mi bebé en los brazos. Fuimos a ver a su médico. La encontró sana.

Tal vez, todo lo que iba a suceder no habría ocurrido si uno solo de los acontecimientos anteriores hubiera sido distinto. Pude haber pedido el turno siguiente y no regresar a mi casa a esa hora. Mi madre pudo no haber tenido fiebre y estar en cama. Habría ido a visitar a su amiga Berta y mi padre acompañarla para jugar al ajedrez con el señor Feinmann. Mi esposo, cerrar más tarde el negocio y Jacob estar en casa de su novia.

¿Cree usted que si alguno de nosotros hubiera hecho alguna de estas cosas algo habría cambiado?

No sé la respuesta.

Pero sé que hicimos exactamente lo que el destino quiso que hiciéramos para llevarnos a nuestra perdición.

5

Veo dos autos estacionados frente al edificio en que vivimos. Hay un camión oscuro, soldados, hombres vestidos de civil que llevan una cinta con la cruz esvástica en el brazo. No sé bien qué está pasando ni qué hacen esos hombres. Estoy viendo retazos de toda la escena. Me siento confundida.

Comienzo a subir la escalera que me lleva al departamento en que vivo. Vivimos en el segundo piso. Escucho ruidos. Gritos. Una mujer llora. Alguien baja por la escalera. Veo sus pantalones. Me detengo y corro escalera abajo. Salgo a la calle. Aprieto con todas mis fuerzas a mi hija contra mi pecho. Escucho un grito. Me están gritando. Gritan que me detenga.

Acabo de entender lo que está pasando. Los nazis han ido a buscarnos. Pienso en los Rainer. Eran nuestros amigos. Los llevaron el lunes. No dijimos nada. No preguntamos por qué se los llevaron. No hablamos entre nosotros sobre lo que había sucedido con nuestros amigos, los Rainer. Ellos nos visitaban para jugar a las cartas y comer el quefequefén que cocinaba Ethel.

Estoy corriendo por la calle. No hay nadie. O parece que no hubiera nadie. Llovizna. Hace frío. La calle está mojada. Corren atrás de mí. No siento miedo. No siento nada. Todo lo que sé es que debo correr. Alejarme. Irme tan lejos como sea posible. La bebé no se mueve entre mis brazos. ¿Qué le pasa? ¿Está muerta? ¿La apreté con tanta fuerza que la asfixié?

Corro. No miro hacia atrás. Están muy cerca. Doy vuelta en la esquina. Hay un automóvil detenido. Es un automóvil negro o gris oscuro. Hay un chofer en el automóvil. Una mujer se aco-

moda en el asiento trasero. El motor está en marcha. Estoy al lado del automóvil. Abro la puerta trasera. La mujer se sorprende. El chofer demora en reaccionar. La mujer intenta cerrar la puerta. Sujeto la puerta con todas mis fuerzas. Mi fuerza es mayor que la suya. Mi fuerza tiene la toda la potencia de la desesperación. La de ella es la fuerza que nace de la precaución. Creo que me mira a la cara. No veo su cara. A lo mejor, tiene un sombrero puesto. Es posible que tenga un collar de perlas en el cuello. Consigo abrir la puerta por completo, arrojo a mi bebé sobre su falda. Lo arrojo como si fuera un paquete.

Alcanzo a decirle:

—¡Sálvela!

Cierro la puerta del coche. Soy yo la que cierra la puerta. Siento que cerrando esa puerta guardo a mi hija en una caja inviolable. No sé realmente si la protejo. Sé que le doy una oportunidad de protegerse.

Corro sin saber hacia dónde. Pierdo un zapato. Siento el frío del piso mojado. Es curioso: siento el frío del piso mojado. No tendría por qué importarme algo tan insignificante frente a lo que me está sucediendo.

Los pasos de esos hombre suenan cercanos. Retumban los tacos de sus botas sobre la vereda. Corro por el medio de la calle. Ellos corren más rápido que yo. Jadeo. Trastabillo. Tengo un terrible dolor en la espalda. Algo me golpeó. No sé qué me golpeó. ¿La culata de un fusil, un puño de hierro? El golpe en medio de los pulmones me hace caer. No puedo respirar. Mi cabeza choca contra el suelo.

Un hombre está a mi lado. Me pisa una pierna, me pisa en el pie que no tiene zapato. Me duele. Suelto un quejido. Son dos hombres. O tres. Uno de los hombres lleva un sobretodo oscuro y un sombrero. ¿O un casco? Me toma de los cabellos, me hace levantar, tropiezo, caigo, me arrastra sobre el pavimento

tirando de mis cabellos. Creo que estoy llorando. Me cae sangre de la frente.

Estoy de rodillas. Puedo ver que el automóvil negro o gris oscuro arranca despacio. Hay soldados y hay hombres de civil. El auto pasa entre ellos. Lo dejan pasar. Lo dejan dar la vuelta en la esquina e irse.

El hombre que me tira del pelo me insulta. Dice que soy una judía asquerosa. Dice asquerosa o inmunda. O ambas cosas. Me ordena que camine. Trato de caminar. Agacho mi cabeza y camino. En silencio, obedeciendo.

6

Estamos en un vagón. El tren se mueve como si lo tironearan sobre las vías. A medida que avanza, su marcha se hace más rápida y el movimiento se transforma en algo monótono, como si nunca fuéramos a dejar de sentir ese movimiento ni de escuchar ese ruido.

El vagón huele a todos los que estamos en él. Un nauseabundo olor que brota de nuestros cuerpos y de nuestras ropas húmedas de sudor. No tengo la menor noción del tiempo que transcurrió entre nuestro arresto y el viaje en el tren. Tampoco logro entender qué significa todo lo que ocurre a mi alrededor. No puede ser un sueño. ¿Quién sería capaz de soñar con algo tan imposible de imaginar?

Mi madre subió conmigo al tren pero viajamos en vagones separados. Sé que ella y yo llegaremos al mismo sitio. Sin embargo, no sé qué fue de mi padre, mi esposo y mi hermano. Nos separaron después del arresto.

La última vez que vi a mi madre formaba fila para subir al tren. Cerraron la puerta del vagón. El sonido de la puerta al cerrarse retumbó en el interior del vagón. Es una estupidez lo

que voy a contarle pero recién entonces vi que no había asientos, que todos estaríamos de pie dentro de un vagón de carga en el que éramos transportados como ganado.

De todas maneras, no siento otra cosa que una sensación de extrañeza. Sé que estoy acá. Pero no estoy. Es difícil de explicar. Tan difícil de explicar como esas cosas que nos pasan todos los días, que son parte de nuestra vida y que si nos preguntan no sabríamos explicar.

7

Ludwig es mi compañero en las clases de piano. Estudiamos en el conservatorio de la señorita Flora Rosenberg. Él tiene nueve años y es uno mayor a mí. Tiene grandes condiciones. Al menos, así me lo parece.

Lo escucho en el cuarto contiguo tocando un nocturno de Chopin y sé que jamás llegaré a tocar como él. Lo admiro. Creo que estoy un poco enamorada. Pero él no se fija en mí. Todo lo que le importa es la música.

—Escuché a mi padre decirle a mi madre que se había emocionado escuchándome tocar a Schubert. También a usted la emociona la música, ¿verdad, señorita Flora?

—Por supuesto —responde la profesora y parece esperar que Ludwig diga alguna cosa más.

—¿Ha llorado escuchando música? —pregunta Ludwig.

—Naturalmente que sí. Cuando vi bailar al gran Nijinsky, en París, era tan maravilloso el sonido de la música, la perfección de sus pasos en el escenario que la emoción me transportó a otro universo. De pronto, sentí que el escote de mi vestido estaba mojado. Fue como si despertara de un sueño increíblemente dulce. ¿Cómo se había mojado mi vestido? ¿De dónde había salido esa agua? No te rías, Ludwig, pero alcé la cabeza buscando

una gotera en el techo. Hasta que comprendí que el escote se había mojado con mis lágrimas.

—¿Por qué le gusta a usted la música? —pregunta Ludwig.

La señorita Flora permanece callada unos instantes.

—Supongo que la razón es porque es hermosa. Por estar en ella la alegría y el dolor de todos los seres vivientes.

—¿Le agrada a usted el dolor? —pregunta Ludwig.

—No, el dolor no me agrada. No podría agradarme.

—Ha dicho usted que la música tiene dolor y me ha dicho que le gusta la música.

La señorita Flora suelta una carcajada tan delicada como lo es ella.

—Creo que te convertirás en filósofo, Ludwig. Lamentaría que fuera así. Tu talento para la música es mucho.

Ludwig inclina la cabeza. Parece estar pensando. Luego, dice:

—Se lo pregunté porque no sé por qué me gusta la música. No sé por qué prefiero tocar el piano a salir a la calle y jugar con los demás chicos. Pensé que usted podría decírmelo.

La señorita Flora se pone seria. Mira a Ludwig y, como si intentara atravesar su piel y sus huesos y llegar hasta su alma, le dice:

—No tengo la respuesta a tu pregunta. Yo tampoco puedo saber por qué razón pasé mi infancia prefiriendo tocar el piano a jugar con mis pocas amigas. Solamente sé que no podría vivir sin la música.

La señorita Flora no sabe por qué el destino decidió que ella fuera una pianista y una notable maestra de música. Tampoco lo sabe Ludwig. Yo tampoco puedo explicar por qué razón fui elegida para estar en un vagón de tren cubierto de vahos de sudor, orín y gases.

Como le dije, estoy acá pero no estoy. Tal vez, usted pueda entender lo que quiero decir.

8

Empujada por los demás, quedo en el fondo del vagón, en el ángulo que forman la pared posterior y la lateral. Hay una pequeña ventana. Una mujer alta y rubia, con un tapado verde, reza y llora de modo histérico. En el centro del vagón, otra mujer dice que seguimos en Alemania. Le preguntan cómo lo sabe. Responde que lo está viendo a través de una hendija. Conoce la zona.

A mi lado, una niña gimotea. Tiene sed. Su madre le pide que espere, tomará agua al llegar. ¿Qué hace esta niña en un sitio así? ¿De qué la acusan? Es extraño pero no pienso en mi hijita. Es como si no hubiera nacido.

Qué rara es nuestra mente. En los momentos más dramáticos de nuestras vidas, puede que nos asalten los pensamientos más absurdos. Quizás sea la única manera de mitigar el sufrimiento, el miedo. Miedo. Me parece que no había pronunciado esa palabra.

Puede ser que esté sintiendo miedo. El mismo miedo que entró en mí mucho antes de estar sobre este tren, mucho antes de mi arresto. Creo haber nacido con miedo. Un miedo transmitido de generación en generación, durante siglos. Una clase de miedo que solamente un judío puede sentir.

El miedo nos hizo aceptar todo lo que sucede en Alemania. Nos quedamos inmóviles, incapaces de defendernos como si fuéramos corderos.

Todos los que estamos en este vagón, ¿por qué no pateamos la puerta hasta destrozarla y saltamos del tren?

El miedo nos detiene.

Con una esperanza mesiánica, pensamos que mañana todo será mejor.

Dios mío, ¿por qué no escapé con mi esposo y mi hija cuando pude hacerlo?

9

Confiscaron la empresa textil de mi padre, que tanto le costó hacerla rendir no más allá de permitirnos sostener un nivel aceptable de comodidades. Mi padre no quiere irse de Alemania. Nadie de mi familia quiere irse.

Los nazis dijeron que los judíos debían ser separados de la economía. Nos quitaron nuestras empresas, nuestros negocios, nuestras casas. Muchos escaparon después que incendiaron las sinagogas, destrozaron comercios judíos y llevaron detenidos a miles. Me quedo en Berlín. Obedezco la voluntad de mi padre. Él se niega a abandonar lo que llama «nuestro hogar». Suele decir que un hombre debe echar raíces en un sitio y él y su familia deben aferrarse a esas raíces.

Mi padre habla de ese modo porque perdió a sus padres en el incendio de su granja en Polonia. Después de vivir un tiempo con sus parientes de Lublin, decidió viajar a Alemania.

En Hannover, entró a trabajar como operario en una fábrica metalúrgica y conoció a Sigmund Klein. Él le dijo que el mundo entero usa ropa interior. Se podrá dejar de usar sombreros pero ninguna mujer dejará de comprar corpiños.

Con un poco de capital podrían poner una fábrica. Mi padre le aseguró no saber nada de ese negocio y no tener la menor idea de telas ni confecciones.

Sonriendo, Sigmund le dijo:

—Tampoco sabías nada de fabricar tornillos

Pusieron la fábrica en un sótano húmedo de Berlín. Durante un año trabajaron muy duro y durmieron en colchones viejos sobre el piso del sótano. Luego, todo comenzó a mejorar, tomaron empleados y pudieron alquilar un pequeño departamento para compartir.

10

Mi padre aún no cumplía los treinta años cuando comenzó la primera guerra. Él no luchó. Tampoco sé en qué ejército lo hubiera hecho. De todas maneras, mi padre nunca podría haber ido al frente de batalla. Siendo niño se cayó del techo de su casa. Se rompió una pierna y quedó rengo el resto de su vida.

Sigmund nació en Alemania pero tampoco fue alistado. La guerra los ayudó a progresar. Ganaron mucho dinero fabricando ropa para los soldados. Las grandes fábricas no daban abasto y las de menor tamaño, como la de mi padre, les vendían la producción. El precio era recargado y las ganancias resultaban enormes. Mi padre se hizo rico.

Cuando la guerra acabó, hubo muchos que culparon a los judíos de haberse enriquecido con la guerra. Hitler se aprovechó de eso. Usted lo sabe. Todo lo que hizo mi padre fue trabajar muy duro. Eso no es un delito.

Es cierto que la posición económica de mi padre y otros comerciantes judíos mejoró mucho pero, a la vez, comenzó a germinar a su alrededor el odio que, veinte años después, nos llevaría a la desgracia.

11

Se dijeron muchas mentiras. Siempre se dicen mentiras. Yo nunca dejo de creer en lo que me dicen mi padre y mi madre. Nunca se me ocurrió dudar de sus palabras. Pero, ¿sabe usted reconocer lo verdadero y lo falso?

En definitiva, cada uno de nosotros cree en lo que le conviene creer. Eso hicieron los alemanes que nos atacan: creer en lo que les convenía. Sin embargo, no conocen nada de ninguno de nosotros. Nadie conoce realmente a nadie. Cuando lo pienso, me

contesto que nunca conocí de verdad a mis padres, mi hermano o mi esposo. Nadie conoce al otro tal como es.

Imagínese a un pueblo de notables músicos, filósofos, escritores, pintores, actores. Un pueblo de una cultura superior. De una exquisita sensibilidad artística. De una fantástica profundidad de pensamiento. Imagínelo. Y trate de imaginar a ese pueblo convirtiendo en dios a un psicópata perverso como Hitler.

12

Desde que subí al tren, no hago otra cosa que pensar en cosas sin importancia. O que tienen importancia solamente para mí, en mi mundo muy pequeñito. Pienso en las plantas que tanto cuidaba y en quién se encargará de regarlas. Pienso si alguien usará mis vestidos y se quedará con la ropa que quedó en los armarios. Si se llevan mi ropa no tendré qué ponerme al regresar a casa.

A medida que corren las horas, falta el aire dentro del vagón. Nuestros cuerpos despiden un fuerte olor ácido, denso. Una mujer se inclina a mi lado. Vomita. Su vómito ensucia sus piernas y sus pies. La mujer empieza a llorar llamando a sus hijos. Trato de desaparecer de la vista de todos. Desvanecerme, como si nunca hubiera existido.

Cierro los ojos. Ya no estoy en el vagón. Estoy en Magdeburgo el día en que viajé con mis padres siendo una niña. Yo tenía siete años y me enamoré de mi primo David. Él tenía doce años y no me dirigió la palabra sino una sola vez y fue para decirme:

—¿Navegaste en el Elba?

Respondí que no. Él dijo:

—Yo lo hice. Quizás navegues en el Elba alguna vez.

Estoy en un velero en el Elba, el viento fresco golpea mi rostro y hace flotar mi cabello. David, en el timón, me cuenta histo-

rias de navegantes y navíos. Ahí estoy yo. Navegando en el Elba. Lejos de la locura y el mido. Con el rostro alegre, con la esperanza marcada, navego en un velero junto a mi primo David.

13

Pasan muchas horas. Es posible que todo un día. No tengo noción del tiempo. El tren se detiene. Escucho las voces y a los soldados yendo y viniendo. Abren la puerta del vagón. Ordenan que descendamos.

Los reflejos del sol lastiman mis ojos. Puedo sentir el sol. Y el aire. Es un aire distinto. Todo parece distinto acá afuera.

Una mujer se arrodilla. Implora pidiendo que la lleven con su familia. Un guardia la golpea en las costillas con la culata del fusil. Casi instintivamente, sé que mi vida depende de conseguir pasar por completo desapercibida. Todo lo que debo hacer es no soltar una palabra de mi boca, no hacer un gesto inadecuado, no dar un paso de más, mantenerme en la fila que formarnos y en esa fila ser nadie, ser nada.

14

No me pregunto ninguna cosa. Me limito a estar donde dicen que debo estar. Recién ayer, supe que estoy en Ravensbrück.

Me ubicaron en una barraca con otras mujeres. Nos cortaron el pelo al ras. Dejé de ser quien era. Comencé a ser un triángulo amarillo y un número de color azul grabado en mi antebrazo. El triángulo significa que soy judía. No soy alemana. No importa si nací en Berlín. Soy judía.

Un grupo de nosotras va a trabajar a una fábrica. Las más viejas, las enfermas y las débiles, son separadas. Las llevan a otro campo de concentración. No volví a ver a mi madre.

Las guardias nos tratan como bestias. Ellas pueden decidir si vivimos o morimos. Especialmente, esa SS asquerosa de María Mandel. Parece que su poder no tiene límites. Vi a una de mis compañeras de barraca girar la cabeza y mirarla. La Mandel la hizo apartar del grupo y ordenó su traslado a otro campo. Al comienzo, no entendí. Hasta que Edith Cohen, otra prisionera, me dijo lo que hacen con las trasladadas.

—Las matan. No quieras saber cómo me enteré. Pero puedo asegurarte que las matan.

Pensé que la muerte era la única manera de escapar del sufrimiento y la humillación.

15

Anoche lloré. Fue la primera vez desde que llegué al campo. En la cama. Acostada boca abajo. Puse la almohada sobre mi cabeza. Mordí la sábana sucia para no ser escuchada. Lloré con un odio ciego, con una impotencia que me oprimía el pecho hasta sentir dolor físico.

El odio y la impotencia me los hacen sentir las jefas y las kapos. Sobre todo, la Mandel y una de las kapos. Una judía polaca, gorda y con la cara colorada llena de granos.

A la alemana puedo entenderla. Cree fanáticamente en Hitler y está dispuesta a servirlo con la misma maldad y demencia que él tiene. La Polaca, en cambio, es una judía. Como yo. Como muchas de nosotras. Y ella, la traidora, la que está contra su propio pueblo, es la que nos denuncia ante las jefas.

¿Qué hacemos para ser denunciadas? No importa. Basta un gesto, una palabra, una mirada que a ella le desagrade y procede con idéntica crueldad que la Mandel y las otras guardias. La Polaca es la preferida de las jefas. Le dan buena comida y un buen trato. Como a todas las kapos. Las inmundas.

Juro dos cosas: no volver a derramar una lágrima y vengarme de la Polaca. Estoy dispuesta a hacer lo que sea para pisotearla como a una cucaracha.

16

Al campo llegan mujeres y niños de otros países. Hay muchas mujeres fusiladas; otras, llevadas a Auschwitz. Yo camino sin levantar la vista del suelo. Voy a la fábrica. Hago mi trabajo y regreso a la barraca. Vivimos hacinadas, sin las mínimas condiciones de higiene. Solamente las kapos la pasan bien. Al menos, mejor que nosotras.

Una de las guardias de rango alto, Zelda Rumenigge, suele mirarme mientras yo hago mi trabajo. Lo noté hace tiempo pero nunca la miro. Temo mirarla. Estoy convencida que ella espera que la mire para castigarme. Pero acabo de comprender que estuve equivocada.

Ella pasa por detrás de mí y me roza con el dorso de la mano. Me quedo quieta. En voz muy alta, reprende a otra prisionera. Da un paso hacia atrás. Está a mis espaldas. Su mano toca mi muslo. Sigo haciendo mi trabajo.

Zelda continúa su ronda y se detiene a conversar con una de las kapos. Me miran con cierto disimulo.

La kapo se acerca a mí.

—Deje eso. Venga conmigo —me ordena.

Ninguna de mis compañeras hace el menor gesto. Ellas, como yo, piensan que fui seleccionada. Esto significa que me van a matar. Estoy aterrorizada. Camino sin decir una palabra, miro hacia el suelo. Me tiembla el cuerpo.

Recorremos un largo pasillo mal iluminado. La kapo me pide que entre a un cuarto. Vacilo. Tengo miedo. Me empuja. Cierra la puerta. Se queda afuera.

El cuarto es un depósito repleto de cajas. Zelda está ahí. Mantengo la cabeza gacha. Ella se pone junto a mí. Comienza a tocarme los pechos.

17

No puedo decir que soy su amante. No soy una persona. Soy una cosa de la que ella puede deshacerse como de la basura.

Ahora, sé que muchas de las jefas mantienen relaciones con prisioneras y con las kapos. También con los hombres de las SS y la Gestapo. Zelda conoce bien la ley que pena las relaciones de arios con judíos. Pero su deseo de sexo es tan poderoso como para impulsarla más allá del fanatismo y la lealtad. Ese deseo es tan potente como para arrastrarla a violar una ley, desobedecer a Hitler, y mantener relaciones con una judía.

Pero no es solamente el sexo sino algo mucho más profundo, algo en lo que se confunden el sexo, la perversión, el poder y el llevar a la completa humillación a una mujer judía.

18

Zelda me consiguió algunos privilegios: bañarme con el agua caliente del baño adjunto a la habitación en donde nos encontramos; comer un poco de su comida, ponerme su ropa interior y mostrarle mi cuerpo. El tiempo en que estoy a su lado se transforma en una especie de recreo del horror. Hace dos meses que me usa. Hoy me sorprende.

—Vas a ser una kapo.

No le creo.

—Ya está arreglado —dice y me mira mientras sonríe.

La conozco. No miente.

Me acaricia la cara.

Zelda es muy joven. Tiene veinticinco años. Es bonita, aunque su cara se vea rígida y en tensión. Tiene ojos celestes y el cabello claro. Es una mujer atractiva. Una de esas mujeres a las que nada puede costarles conseguir un marido de buena posición, tener hijos y convertirse en una respetable ama de casa.

Eligió otra vida. Se postuló para ser una guardia. Ama a Hitler. También ama el dinero y el poder.

Me besa. Dice:

—Me gusta verte feliz. Aunque seas una judía puta.

Me hierve la sangre.

La tomo de la mano. Aprieto su mano. Con un movimiento que le resulta inesperado, la hago girar retorciéndole el brazo por detrás de su espalda. Su cara queda contra la pared. Aprieta los dientes. Le duele.

—¿Quién es la puta?

Hago fuerza en su brazo doblado. Arrimo mi boca a su cara, paso mi lengua por su oreja. Repito:

—¿Quién es la puta?

Entreabre la boca. Dice:

—Yo soy la puta.

—Muy puta.

—Muy puta.

Aflojo la presión y suelto su brazo. Le subo la pollera, le bajo la bombacha, meto la mano entre sus piernas. Ella apoya las dos manos en la pared.

—Puta de mierda —le digo.

Separa por completo sus piernas.

19

No sé por qué lo hice. Pero ese día dejé de tenerle miedo. Volví a sentirme una mujer.

Hechos inexplicables. Seres humanos incomprensibles. La vida y la muerte separados por un hilo muy delgado.

Un tiempo más tarde, hace que salga del campo para ir a fábrica que Siemens construyó para aprovechar el trabajo esclavo. Dejo de ser obrera. Gracias a Zelda, me convierto en una especie de intocable. Soy una de las kapos.

El campo está repleto de gente de todas partes. La Mandel fue trasladada a Auschwitz. También se fue Hermine Braunsteiner, que estaba bajo las órdenes de la Mandel y que es tan despiadada como ella. Quizás más. La vi poco.

Zelda me cuenta que Braunsteiner ahorcó con sus propias manos a una prisionera y que ahogó a una niña en una pileta.

Le pregunto que opina de las dos. Zelda me responde:

—¿Te molestaron alguna vez?

—No.

—¿Qué te importa lo que hicieron si no te lo hicieron a vos?

Me encorvo de hombros.

—Seguramente es algo que te debo.

—Y mucho más. ¿Cómo pensás pagarme?

Me río.

—Quiero que hagas una cosa por mí —le digo.

Se queda mirándome. Recién acaba de quitarse la ropa.

—Me molesta la Polaca.

—¿Qué te hizo?

—Me molesta verla.

—Es la preferida de la Mandel.

—La Mandel ya no está. Le caés bien a Suhren. Vos misma me lo dijiste.

Fritz Suhren es de las SS y dirige Ravensbrück desde hace poco.

—No repitas lo que te cuento.

—Todos en las SS deben saber que te acostaste con Suhren.

—¡Basta, judía!

—Siempre hago lo que me pedís. Esta vez, te pido yo.

Quizás, se pregunta cómo es posible que yo hable de esa manera con una de las principales guardias SS de Ravensbrück. No sé. Todo lo que puedo decirle es que estamos desnudas en una cama. No tenemos puestos los uniformes que nos hacen distintas. El uniforme, a ella la convierte en una guardia con el poder sobre mi vida; y a mí, en una prisionera judía a merced de ella. Los seres humanos somos demasiado difíciles de entender.

Zelda está callada. Parece estar pensando.

De pronto, pregunta:

—¿Qué querés hacer con ella?

—Que coma mi mierda.

Zelda me mira como si hubiera descubierto en mí algo completamente impensado.

—Sos una judía hija de puta.

—Ella es la judía hija de puta. Me manoseó. Pasó su lengua asquerosa por mi cara —le miento.

Noto el cambio en los ojos de Zelda. Una polaca judía había manoseado a su preferida.

Digo:

—Me molestó hasta que supo que cuidabas de mí. Estoy segura que le contó a la Mandel que sos mi protectora.

—Mandel lo supo por mí. Por supuesto, no le conté todo lo que ocurre entre nosotras. Pero sin ella, nunca hubieras sido una kapo. Le dije que eras confiable y me habías dado información sobre unas comunistas. Yo sabía algo y el resto lo inventé. Esas quince mujeres que hizo azotar y que, después, fusilaron, te sirvieron para conseguir los privilegios.

No me importa lo que les haya pasado a esas mujeres. Todo lo que me importa soy yo misma, sobrevivir.

—Mandel tuvo relaciones con algunas guardias. Dicen que fue una de las razones por las que Braunsteiner pidió ser trasladada.

La interrumpo.
—¿Vas a hacer lo que te pido?
Zelda me mira fijamente. Ya lo decidió.

20

La Polaca es llevada hasta un cuarto. Zelda la espera. Es probable que la Polaca imaginara que le daría alguna tarea especial.
Se sorprende al verme entrar.
Zelda le ordena que se quite la ropa.
La Polaca parece no entender. Vacila antes de desnudarse.
Tomé un purgante. Voy a un rincón. Me pongo en cuclillas sobre una palangana.
Empujo la palangana con el pie. Me quedo en el rincón.
Zelda, con su voz chillona y autoritaria, le dice que ponga la palangana en el centro de la habitación, bajo la lámpara.
La Polaca se mueve como una sonámbula. Está aterrada.
—¡De rodillas! —le ordena Zelda.
La Polaca se pone de rodillas.
—¡Comé! —dice Zelda.
En su cara está la misma expresión fría, distante y cruel, que todos pueden ver cuando recorre el campo.
El cuerpo de la Polaca comienza a temblar.
Caen lágrimas de sus ojos.
—¡Comé! —insiste Zelda.
La Polaca cierra los ojos. Se queda quieta. No obedece.
Lentamente, se pone de pie.
Tiene la cabeza alta. Clava la vista en una pared. Las lágrimas resbalan por sus mejillas. Pero está de pie.
La sostiene su orgullo.
La cara de Zelda se desfigura con un gesto de furia-
Se quita el cinturón. La golpea.

La Polaca recibe golpes en la cara, en los pechos, las piernas. Hasta que cae de rodillas y la hebilla del cinturón le arranca la mayor parte de la piel de la espalda.

La Polaca queda tendida en el suelo. Zelda no se detiene. La Polaca está inmóvil.

Me acerco. Sujeto el brazo de Zelda. Me mira fijamente. Le suelto el brazo.

—¡Fuera, perra! —me grita.

Patea con sus botas las costillas y la cabeza de la Polaca.

No puedo moverme. Estoy paralizada por el miedo.

Zelda se detiene. Parece faltarle el aire.

—¡De rodillas! —me ordena.

Me arrodillo.

—¡Comé tu mierda, puta judía!

Me inclino. Meto la cabeza en la palangana.

21

No voy a contarle lo que Zelda hace conmigo cada día después de lo que ocurrió con la Polaca.

Ejecutan prisioneras a diario. Cada mañana me despierto pensando que ella ordenará mi muerte. No lo hace. Tampoco me quita el cargo de kapo. Se limita a desquitarse llevándome a la completa humillación. Ya le dije, no voy a hablar de eso.

Hoy no la vi. Muchas guardias abandonaron el campo. Algo pasa. Unas prisioneras escucharon que Alemania perdió la guerra. Dicen que los rusos ganaron.

No puedo creer que Alemania haya sido derrotada.

Los rusos están cerca. Abren las puertas y nos dejan salir. Miles de hombres y mujeres caminamos a través de los campos. Estoy cansada.

22

Las alambradas están lejos, no alcanzo a verlas. Miro el cielo. Está gris. Hace frío.

Me siento más segura. Hasta un poco antes, tenía la sensación que una ráfaga de ametralladora disparada desde una de las torres de vigilancia me destrozaría la espina dorsal.

Sigo caminando. No disparan sobre mí.

Es cierto que la guerra terminó y Alemania fue vencida.

Conozco a la mujer que va a mi lado. Compartimos la misma barraca. Tiene un nombre inglés que no puedo recordar. Veo su cara y su mirada vacía. Comprendo que mis ojos miran como los de ella. Yo también estoy vacía.

23

Sé que nací mala. Lo que hice con mi abuela no era un hecho aislado en mi vida. Era parte de mi manera de ser. La crueldad estaba dentro de mí. Yo no soy mejor a Zelda ni a ninguna de las otras guardias.

Algún día, es posible que me arrepienta de lo que le hice a la Polaca. No lo creo. Lo que ocurrió con ella me hace entender mi cobardía, mi complicidad, mi maldad.

Cuando la policía fue a buscar a mi familia, traté de escapar. No terminé de subir las escaleras y les dije a los nazis que yo era parte de la familia, que era una judía. Escapé. No me importó lo que les pasaba a mi marido, a mis padres o a mi hermano. Solamente pensé en mí. Ni siquiera en la niña.

Ahora, sé que la arrojé sobre esa mujer no para salvarle la vida sino para sacármela de encima y poder correr sin su carga.

En el campo de concentración, aproveché los favores de Zelda. Acusé falsamente a prisioneras que me desagradaban. No me

importó hacerlo. Me gustó lo que yo hacía. Me gustó tener ese poder. No ayudé a nadie. No me interesó nadie sino yo misma.

Usted dirá que, a pesar de todo, soy una víctima. Claro que lo soy. Pero, durante más de tres años, fui cómplice de los nazis. De una mujer fanática y tan demente como todos ellos.

24

Cinco años atrás, hasta un anochecer en Berlín, tuve una familia. Un marido, una hija. Un padre, una madre y un hermano. Vivíamos en un segundo piso. Las maderas del suelo crujían cuando nos acostábamos y la casa quedaba en silencio. Tenía plantas que asoleaba en las ventanas y una radio que escuchábamos en las noches. Tuve todo eso. Lo perdí todo. Yo misma me perdí.

¿Mi hija? A medida que pasaban los días en Ravensbruck pensaba menos en ella. Hasta que dejé de recordarla. Como si hubiera sido un sueño, algo que había existido circunstancialmente en mi vida. Nunca más pensé si esa mujer la salvó o si la entregó a las autoridades. No pensé si había crecido sana o estaba muerta. Dejó de importarme. Como ya no me importó la suerte del resto de mi familia. Todo lo que me importaba era llegar viva al día siguiente.

Nada más que llegar viva al día siguiente.

Lo conseguí.

25

Estoy en Berlín. Está destruido.

Pasan soldados cerca de mí. No me hacen nada. Solamente me miran. No entiendo lo que dicen. Son los triunfadores. ¿Quiénes son estos hombres para estar en suelo alemán? Recorro las calles como una autómata. Camino por Kurfünstendamn. La igle-

sia del kaiser Wilhelm ha sido bombardeada. Solamente queda en pie una torre en ruinas.

Veinticuatro años atrás, el día en que cumplí cuatro años, mis padres me llevaron al zoológico. Después, ellos y mi hermano, caminamos por la avenida. Me sentía segura y feliz tomada de la mano de mi padre. ¿Qué podía pasarme en la vida si él estaba junto a mí? Ya no volvería a caminar junto a ellos. Habían sido arrancados de mi vida como se arranca las ramas de los árboles cuando son talados.

Me detengo en una tienda de ropas. Hay vestidos en las vidriera. Siempre me gustó mirar las vidrieras con vestidos. De pronto, veo mi imagen reflejada en el vidrio.

¿Esa soy yo?

Cierro los ojos y comprendo que ya no pertenezco a este lugar. Esta ciudad nunca más será la ciudad en la que viví. Decido irme. Escapar lejos de la destrucción y el dolor.

26

Consigo un pasaje de barco para viajar a Argentina. Decido que a nadie le voy a contar la verdad.

Espero conocer a un hombre que me quiera. Él sabrá algunas cosas de mí pero jamás sabrá qué clase de mujer soy realmente. Simularé ser una buena esposa, una buena ama de casa, una buena mujer.

Nunca se enterará que fui una de las kapos en Ravensbruck y, mucho menos, lo que pasó con Zelda.

Ahora, sé que hice una idiotez al sujetarle el brazo. En unos segundos, perdí todo lo que había ganado. Ella estaba haciendo lo que le pedí. Lo hacía por mí. Lo arruiné todo. Me quedé sin su confianza. De estar cómoda y segura, pasé a vivir con la angustia de poder morir en cualquier minuto.

Le hablé del arrepentimiento.

¿Quiere que le cuente de qué me arrepiento?

Volvería al momento en que Zelda castigó a la Polaca. Cuando la golpeó sin piedad y detuve su brazo perjudicándome.

Si pudiera estar nuevamente en ese sitio, no tomaría el brazo de Zelda. La dejaría que siguiera pegándole y me le uniría. Patearía a la Polaca con todas mis fuerzas, hasta que su sangre chorreara por el piso. Después, sudorosas, agitadas y agotadas de golpear, besaría a Zelda en la boca, me arrodillaría a lamer entre sus piernas y le diría:

—Gracias.

Eva

1

¿Usted va a escribir lo que le cuento?

Mire, la culpa es mía. Me enamoré de Tibo. Tenía once años cuando iba atrás de él como una perrita en celo.

Él era un hombre de cuarenta años, estaba casado y con hijos mayores a mí. No me importó lo que anduvieran diciendo. Todo lo que quería era sentir su cuerpo apoyado en mi cuerpo y dejarme abandonada a lo que quisiera hacerme.

Un año más tarde, mis pechos crecieron y mis piernas se alargaron. Mi piel brillaba con el sol. Tibo se fijó en mí una tarde en que el calor del verano era más intenso que otras veces.

Comencé a caminar, alejándome de las carpas. Los gitanos más pobres vivíamos en carpas. La mayoría se había mudado a casas. Muchos años después, tuve mi primera casa.

Tibo era rico. Usaba anillos de oro y una cadena de eslabones gruesos colgada del cuello. Me siguió en su automóvil. Se detuvo a la orilla de la vereda y yo subí. Fui con él sin decir palabra. Detuvo el coche. Bajamos y entramos a un taller mecánico.

—Esperame —me dijo. Tenía una voz gruesa y dulce.

Tibo habló con un hombre vestido de overol y con las manos manchadas de grasa. Me llevó a un cuarto al que se llegaba subiendo una escalera metálica. En el cuarto había una cama. Las sábanas estaban sucias. Me desnudó con delicadeza, me acarició con delicadeza y, con delicadeza, me hizo suya. Yo quedé prendida de él para siempre.

Desde los doce años fui su amante. Sabía muy bien lo que me pasaría si alguien se enteraba que había perdido la virginidad sin estar casada. Usted debe saber que es uno de los actos más graves que puede cometer una mujer gitana. Supe ocultarlo

hasta que ocurrió lo que ni había pensado una sola vez. Quedé embarazada.

2

—Me cago en tu puta madre! —me gritó.

Me dio una cachetada. Me tomó del pelo y me tiró al piso. Volvió a golpearme.

—¡Puta! ¡Te arreglás sola!

Me puse de pie. El cuerpo me dolía.

—Yo te quiero —le dije.

Él tapó mi boca con su mano. Me dio un empujón. Caí sobre la cama. Golpeó mi vientre. Quedé doblada. No podía respirar.

Se marchó y me dejó sola en la pieza del taller donde siempre nos encontrábamos. Pude levantarme. Me dolía el estómago. Pero comencé a sentirme alegre. Pensé que ese dolor era una señal y perdería al niño. Por desgracia, no fue así.

3

Durante ese tiempo, no me vestí de criolla y siempre usé las ropas tradicionales, que al ser amplias, como usted las habrá visto, me favorecían. Mi vientre se inflamaba pero nadie se daba cuenta. Hasta que Dori, mi hermana menor, que es una entrometida y una lengua larga, me encontró desnuda.

—Por la virgen, te imploro que no cuentes nada —le rogué.

Ella nació con la maldad marcada en la frente. Esa marca oscura como un higo seco es el signo del mal y no se la puede borrar ni con los embrujos más poderosos.

Dori le contó a mi padre. Él me pegó en la cara gritando que le dijera el nombre del que me hizo perder la honra. Estaba aturdida. Mi madre respiraba con fuerza por la nariz y se había cru-

zado de brazos, como si estuviera esperando el turno para seguir apaleándome.

—¡Tibo! —grité—. ¡Tibo!

Mi padre y mi madre se miraron. No pronunciaron una palabra delante de mí. Tibo era muy respetado. Todos le temían. Ninguno de los gitanos de la tribu ignoraba que Tibo había matado a dos hombres con su cuchillo. Mató al primero casi siendo un niño. Tibo hacía negocios y ganaba mucho dinero. Vivía en una casa grande, tenía sirvientas y se decía que se acostaba con todas ellas.

Me prohibieron salir a la calle. Mi madre llamó a una ajuntadora, que, como usted sabrá, es una mujer que se encarga de arreglar los matrimonios. Se le encargó que actuara con discreción. Le dieron bastante dinero. Imaginé que mi padre habló con Tibo y él se había hecho cargo del gasto.

La ajuntadora consiguió un hombre dispuesto. Era el hijo de Gyula, un viejo amigo de mi padre. Los dos habían nacido en Rumania y juntos viajaron por muchos países hasta llegar a Argentina en el mismo año en que el general Perón fue presidente. Yo nací a los pocos meses y me nombraron Eva porque mi madre la adoraba. Decía que era una mujer que había vivido con pasión y conocía el sufrimiento. También decía que Eva Perón tenía el temple de una gitana.

Mi padre no solo no pidió dote por mí sino que pagó a Gyula para que permitiera el casamiento con su hijo Antonio, al que todos llamaban Yeray, como era el nombre de su abuelo que había muerto en Rumania. No era un mal hombre ni mal parecido. Pero nunca lo quise ni tuve deseos de él. Mi alma se abrió una vez para Tibo y se cerró después que él entró. Tibo era parte de mí y lo era tanto como estas manos que lo tocaban o estos ojos que lo veían.

4

El día de la boda, la ajuntadora entró al dormitorio con el pañuelo de las tres rosas. Sabe usted que es la forma de probar la virginidad de la novia. Se introduce el pañuelo y debe salir manchado por tres rosas. Otras mujeres eran testigos.

La ajuntadora me hizo poner alumbre y sangre de gallina. El pañuelo quedó manchado y admitieron mi pureza. De no haber sido de este modo, la deshonra hubiera caído sobre mí. No me permitirían usar el pañuelo en la cabeza, como lo usan las gitanas casadas; las mujeres se apartarían y me tratarían como a impura, a basura que espera la arrojen a la calle. La pureza de la mujer es el bien más preciado por un gitano. La belleza, lo puro, llevan al gitano de la mano como un hada a través de un río de aguas serenas.

Hubo una hermosa ceremonia, con bailes y cantos durante dos días, como es nuestra costumbre. Le dije que no quise a Yeray pero estuve bien dispuesta para respetarlo como hombre.

Para ser de un hombre y obedecerle ciegamente, nací gitana. Pero yo no era de Yeray sino de Tibo, sin embargo, hice cuanto mi esposo me pidió, sin negarme nunca ni rebelarme. Sabía que estaba en deuda con él por haber salvado mi honra y era una deuda de gratitud que tendría la vida entera para pagarle. Con el tiempo, aprendí que se respeta al que merece el respeto. Y le falté a él.

5

Yeray me llevó a visitar a sus parientes en Brasil. Fue un largo viaje en micro. No sabía cómo acomodarme en el asiento. Ya estaba de seis meses, aunque mi vientre no se veía tan crecido como lo había visto en las demás embarazadas. El via-

je lo pagó mi padre, seguramente con el dinero que le dio Tibo. Tuve al niño en Brasil. Nació el mismo día en que cumplí catorce años. Era muy pequeñito y tenía los ojos negros y encendidos como brasas, como los ojos del padre.

Yeray fue bueno con él. Tal vez más que yo misma. Estuvimos un año y medio viviendo cerca de Bahía. Hasta que Yeray dijo que había decidido regresar.

El niño parecía de menor tiempo y ni siquiera hablaba o daba un paso. Una de las parientes de Yeray dijo que el niño estaba embrujado y lo probaba una marca en su vientre con la que había nacido. Lo llevaron con las mujeres que saben de esas cosas y le hicieron hechizos para que se viera mejor. Sin embargo, nada cambió. Yeray dijo que había que dejarlo crecer y se convertiría en un hombre fuerte. A mí no me importaba el niño. No sé por qué, no podía quererlo.

6

Al volver, mi madre supo que el niño no era normal. Había caído sobre él la maldición por mi falta. Mi madre me culpó de todo y dijo que el niño no viviría demasiado. Era débil y no se tenía en pie cuando ya había pasado el año. Tampoco decía palabra ni miraba fijo.

Yo había cumplido los quince años y Yeray me mandó a trabajar. Salía en compañía de Sara, una vieja gorda a la que odié desde niña. Sara y mi madre me enseñaron la lectura de las manos, el arte de las cartas, los secretos de los sortilegios de amor y los hechizos que enferman y matan.

Con Sara recorríamos los negocios. Yo iba hacia el mostrador. No podía dudar. Fuera un hombre o una mujer, debía pedirle la mano para decirle la fortuna. Cuando el hombre me daba su mano, lo miraba fijamente a los ojos y le decía con firmeza:

—Tené fe. Mostrá que tenés fe. Poné en mi mano dinero que muestre tu fe.

El hombre ponía un billete de poco valor. Yo insistía:

—Más fe. La mujer que querés tener será tuya. Muestra tu fe. Escupí en mi mano. Escupí.

Él debía escupir sobre mi mano. Sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos, yo la cerraba, la volvía a abrir y le exigía:

—Mostrame toda tu fe. Más plata. No tenés fe.

Entonces, me bajaba el escote del vestido y le mostraba uno de mis pechos.

—Tocalo.

Él dudaba.

—Tocalo. Tené fe.

Tocaba mi pecho.

—Tocalo más. Apretá con fe. Acá, en mi mano, mostrá tu fe. Poné más plata.

Le tocaba el pene y le pedía que pusiera más plata en la mano. Si era una mujer, le ponía la mano en la vagina y le decía que pensara en su hombre.

Mientras hacía mi trabajo, Sara hacía el suyo. Bajo la pollera, sus enaguas tenían bolsillos donde guardaba lo que robaba del negocio.

Cuando Sara iba hacia la puerta, lo que significaba que tenía bastante, yo cubría mi pecho y decía:

—Te falta fe. Igual te vendrá lo que deseás porque soy buena y te daré mi ayuda.

7

Todos los días salíamos a trabajar y debía darle el dinero a Yeray. Un día, él dijo que acompañara a Sara y la obedeciera. Sara me llevó a un edificio de departamentos. Subimos hasta el

cuarto piso. Abrió la puerta un gitano viejo y gordo, con la cara marcada por una cicatriz.

—Te espero abajo —dijo Sara.

Demoré en entender para qué había sido llevada ahí. No me trato mal. No puedo decirle eso. Me dio asco tener que besarlo, que tuviera que probar su cuerpo y que se derramara en mi boca. Pero tengo que decirle que se portó bien conmigo. Me regaló una cadena de oro legítimo y un colgante que me protegería del mal de ojo.

Dos veces por semana, Sara me llevaba a casas de gitanos o me hacía subir a sus coches y, aunque yo era menor, ellos se encargaban de hacerme entrar en hoteles para usarme a su gusto. No me desagradaba estar con ellos. Eran de buen trato y hasta cariñosos.

Me hacía sentir más mujer saber que complacía a un hombre. Me dieron regalos que escondía para que no me los quitara Yeray. Ninguno de esos hombres me dio una moneda. Luego, supe que Sara se encargaba de cobrar y darle el dinero a Yeray.

8

Mi madre se ocupaba del niño y aseguraba que no había magia en este mundo que pudiera sanarle. El niño permanecía acostado, casi inmóvil. En la noche, se despertaba y aullaba como si tuviera el espíritu de un lobo metido en el cuerpo. Se arqueaba, chillaba, y soltaba una espuma blanca por la boca. Me daba miedo. Ya no quise estar cerca de él.

Mi madre debía ocuparse de la casa, de mi padre y de los dos hijos de mi hermana. El niño era una carga para ella. Debía limpiarlo tres o cuatro veces al día porque se ensuciaba encima y, a la vez, dar vuelta el colchón atravesado por el orín y el mal olor de los excrementos. Era feo ver aquello. Muy feo.

Y era mi culpa por amar a un hombre y entregarle mi cuerpo y mi alma.

Ahora, le quiero contar del atardecer en que me encontré con Tibo.

9

Yo estaba recostada contra una pared, esperando que Sara acabara de leerle las manos a una mujer que paró en la calle. La mujer salía del mercado y cargaba una bolsa con frutas y verduras. Me sentía cansada y aburrida. Tenía ganas de comer y dormir. Rogué que Yeray hubiera estado con su amante así no me haría ningún reclamo cuando estuviéramos acostados.

Sara se había mudado con nosotros hasta que su marido regresara porque se había ido de viaje con otros gitanos. Las malas lenguas decían que no volvería a buscarla, que Sara estaba vieja y rancia y con la piel como pasa de uva.

Nos habíamos mudado de la carpa a un galpón abandonado en el que tiramos colchones en el suelo. Pusimos una mesa y una sillas viejas, unos armarios y una cocina a carbón. No tuvimos luz hasta que un amigo de Yeray hizo una conexión que nunca supe bien si era con el cable eléctrico de los vecinos o el de la calle.

Le decía que yo estaba recostada contra una pared, a pocas cuadras de mi casa, cuando se detuvo un coche. Era un Kaiser Carabela negro y brilloso.

Tibo sacó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—¿Qué esperás para subir?

Le juro que pareció me hubieran echado un baldazo de agua para despabilarme. Sin pensarlo y sin escuchar el grito de Sara diciendo que no fuera, entré al automóvil. Tibo me preguntó si me gustaba su nuevo coche, preguntó por mis padres. Pero no

dijo palabra del niño. Tampoco yo. Había envejecido un poco, se le marcaban las arrugas en la frente y junto a los ojos. A mí no me importaba. Su alma y la mía se habían unido hacía mucho y nada podría separarlas.

Me llevó a una casa que usaba para ir con sus amantes. Apenas comenzó a desnudarme, sentí que sus manos conocían mi cuerpo más que las mías. Me dejé llevar por él con la seguridad de quien confía ciegamente en el que le guía por los sitios desconocidos.

Quedó complacido. Elogió cada parte de mi cuerpo, de la cabeza a los pies. Después de vestirme con piropos, me regaló unos aros y, sin temor a nada, como si pudiera enfrentar a los demonios sin temblar, me dejó en la puerta de mi casa.

10

Al entrar, Yeray ya había sido avisado por Sara. También, lo sabían mi padre y mi madre. A mí me daba igual. No me hacían nada los golpes de Yeray. Los había recibido más fuertes. Con el cuchillo, me cortó en el brazo. Esta cicatriz que ve y que me la gané con justicia me la hizo aquel día.

A la mañana siguiente, me vestí y busqué a Sara. Estaba con otras gitanas hablando de mí. Ella tenía los brazos del doble tamaño que los míos y cualquiera podía decir que era mucho más fuerte que yo. Igual, no le temí. Fui hasta ella y, de un manotazo, le quité el pañuelo de la cabeza. La tomé del pelo y la hice caer.

—¡Por tu culpa él marcó mi brazo y llenó de magullones mi cuerpo!

Le apreté el cuello. Estaba montada sobre ella y en mi mano tenía el cuchillo. Ella se sofocaba y trataba de quitar mi mano de su garganta. Una de las mujeres quiso entrometerse.

—¡No te atrevas a meter ni el aliento, vieja inmunda!
La mujer dio un paso hacia atrás.
—¡Sara, hija de la puta que te parió! —le dije.
La corté en la cara, desde la oreja al mentón.

11

Me sentía llena de odio. Fui en busca de Tibo y le mostré lo que me había hecho Yeray. Tibo se puso a reír al saber lo que hice con Sara y me dijo que volviera con mi marido.

Me arrodillé y le pedí que no dejara que la mujer que más lo quería en esta vida y en la vida que vendrá fuera maltratada por un hombre inservible como Yeray.

—Es tu esposo, mujer. Tiene el derecho —dijo como si no le importara en lo más mínimo.

Entonces, estando ahí, de rodillas, suplicando justicia y que me diera protección, recordé a un payo que conocí.

Quiero contarle de él.

12

Entramos con Sara a un bazar. En el mostrador estaba un payo bastante joven. De unos veinte años. Sara se quedó mirando la mercadería. Yo fui hasta él.

Como siempre le dije:

—Tené fé. ¿Querés tener la mujer que te gusta? ¿Plata? Mostrá tu fé.

Puso en mi mano un billete que sacó de su bolsillo.

—Más fe —le dije y le mostré mi pecho.

Él se quedó quieto. Del bolsillo sacó otro billete.

—Tocá. Tocá —le dije, tomándolo de la mano y llevándola hacia mi pecho.

Apoyó la mano como si fuera muy tímido. Era una mano tibia y suave. Me miró a los ojos. Fue eso. La forma en que me miró a los ojos. ¿Cómo le puedo explicar? Nunca me había pasado de sentir lo que sentí. Por primera vez haciendo el trabajo, quedé callada, como si me hubiera confundido. Él dijo:

—Si yo fuera tu novio, te cuidaría y no te dejaría hacer lo que estás haciendo.

Sin dejar de mirarme a los ojos, agregó:

—Por favor, pedile a tu amiga que no robe nada más. Voy a tener que pagar de mi sueldo lo que se lleva.

Tomó el escote de mi vestido y me cubrió el pecho. Quedé sin habla. Sentí como una hoguera que me incendiaba. Después, supe que a esa hoguera se le llama vergüenza. ¿Sabe qué hice? ¿Sabe qué le contesté?

—¡Andate a la mierda, pajero! —le grité.

Sara lo miró con furia. Ella no había podido escuchar lo que él hablaba conmigo. Empujándome a la salida, Sara dio vuelta la cabeza y lo insultó.

En eso pensé mientras estaba de rodillas frente a Tibo. Al recordarlo, me quedé en silencio. Me puse de pie.

Y esa fue la última vez que vi a Tibo con los ojos llenos de luz con los que lo había visto desde que era niña.

13

Usted sabe que usamos los trajes típicos cuando salimos a vender en puestos de las ferias, a leer las manos o a visitar los negocios. Como ya no es como era antes, el resto del tiempo, si lo queremos, nos vestimos como criollas. Como cualquier otra mujer. Mientras fui niña, mis padres no me dejaban usar malla de baño, pantalones ajustados ni faldas cortas. Tampoco podía salir sola y debía acompañarme una mujer que pudiera vigilarme.

Algunas otras y yo, no hacíamos demasiado caso si es que nos enamorábamos. Como me pasó con Tibo. Buscábamos la manera de librarnos de la vigilancia y andar solas.

Hasta el día en que me casé, mi padre gobernó sobre mí y su palabra debía cumplirla al pie de la letra. Luego, debí obedecer a mi esposo. Una gitana nace para servir al hombre y hacer cuanto él le dice que haga.

Con el correr de los años, unas familias fueron siendo menos estrictas con la tradición. Pero a mis dieciséis años, y en mi comunidad, debían respetarse las reglas. Yo no lo hacía. Por eso no era bien vista.

A una gitana no se le disculpa descuidar a sus hijos y, mucho menos, ser infiel. El hombre puede serlo. La mujer no. Si lo hace se arriesga a ser condenada a la expulsión de la comunidad. A todo esto me expuse por Tibo. Había dejado de ser virgen con él, me había hecho un hijo fuera del matrimonio, había traicionado a mi marido. Demasiadas faltas para ser disculpadas. Estaba segura que me darían un castigo. Pero me equivoqué. Es probable que Tibo no lo permitiera o que el miedo a él hiciera que las lenguas filosas se mantuvieran quietas. No sé. Lo seguro es que los días pasaron y nadie habló palabra. Ni siquiera de lo que hice con la malvada Sara.

Ella dejó de vivir con nosotros y mi madre dijo que era hora me encargara más tiempo del niño. Ya no podía sola con él y se haría cargo cuando yo tuviera que salir por orden de Yeray. ¿Y qué iba a hacer yo con el niño?

14

Por las noches, el niño lloraba y Yeray me exigía que lo callara. Debía limpiarlo varias veces al día porque se hacía encima y el alimento lo probaba solo al dárselo en la boca. Una de las gi-

tanas viejas, muy cercana a nuestro Patriarca que, como usted sabe es el que mayor poder tiene en la comunidad y que, junto con el Tío, hace cumplir la ley, dijo que lo llevaría para que le hicieran nuevos estudios. Mi madre la acompañó y me obligaron a ir.

Nadie se dirigió a mí cuando decían lo que el niño tenía. Me veían demasiado joven y suponían que la madre lo era la mía. Piense que mi madre, entonces, tenía treinta y cuatro años, el cabello muy negro y los ojos oscuros que miraban quemando como brasas. No recuerdo cómo llamaron a lo que el niño padecía. Yo no creí una palabra. Era un castigo por lo que hice y, también, una maldición que me echó la esposa de Tibo.

A mí nada me importaba sino las veces en que Tibo me buscaba. Hacía de mí lo que quería y me devolvía a mi marido cubierta de su olor y sus caricias.

Yeray nunca ignoró que mi amor no le pertenecía. Me había tomado por el dinero y porque le agradaba mi cuerpo. Pero su honor estaba en juego y podían sentirse como aguijones las miradas ajenas viéndole como un pobre tipo que no conseguía domar a su mujer.

Mi madre me cansó con reclamos. Y fue ella la que me dijo que me fuera, que escapara con Tibo. Se lo dije a él. Cuando escuchó que mi deseo era fugarme y que nos marcháramos juntos a un sitio que estuviera tan lejos que nadie supiera de nosotros jamás, soltó una carcajada.

—Mujer —me dijo—. Volvé con tu marido.

—¿No me querés como para arrebatarme a mi marido y llevarme donde pueda ser tuya cada minuto del día?

Volvió a reírse.

—Estás loca. Soy hombre casado y con hijos. Tengo responsabilidades y ni pienso seguir tu capricho.

—Tengo un hijo tuyo.

Se puso serio.

—Los hijos de mi sangre viven conmigo. Ese hijo no sé qué padre tiene.

Yo no podía entender lo que me estaba diciendo. Siendo de menor edad, comprendía que dudara en llevarme con él, pero, ahora, tenía dieciséis años y mi cuerpo se había formado ágil y sano. Hacía tiempo que me había convertido en mujer. ¿Por qué no tomarme y llevarme lejos?

Jamás pensé que no me quería, que sus palabras de amor fueron falsas, tan falsas como el bronce dorado al que venden por oro. Pero lo supe. El dolor me hizo crujir los huesos. Diez puñaladas en mi pecho me hubieran dolido menos.

¿Cómo pude amarlo tanto y que no me amara? Para él, yo no era más que cualquier otra con la que pretendía el goce. Yo le daba el goce con todo mi cuerpo y entregándole mi alma. Él había tomado el regalo y lo usaba cada vez que se le ocurría. Lloré hasta quedarme sin lágrimas. Pero habrá visto usted que es extraño lo que pasa en la vida y ese llanto de algo sirvió.

15

Una tarde, en forma casual, me encontraba sentada sobre el colchón donde reposaba el niño. Ahí estaba, sintiéndome la más desdichada de las criaturas de este mundo, llorando con lágrimas gruesas como hilos de lana, cuando entró mi madre en compañía de Denisa, una gitana amiga, sin que pudiera escuchar que golpearon la puerta, la abrieron y entraron. Al verme, me dieron cobijo y me trataron con dulzura.

Ambas creyeron que mi llanto era por el niño y que acababan de descubrir la madre sufrida que anidaba dentro de mí. Lo contaron a otras y comenzaron a tratarme de una forma distinta. Ser una buena madre y cuidadosa de los hijos, es muy valorado

entre nosotros. No serlo era una de las cosas que me reprochaban. Por supuesto, nada aclaré. Les dejé creer que era una madre atormentada. Tampoco sería tan tonta como para hacerles saber que me encontraba en un abismo muy hondo al que me había empujado mi amor por Tibo.

¿Sabe qué? Me parece que fue ese mismo día en que decidí librarme de todo peso. Para bailar no hay que llevar carga alguna sobre los hombros.

Desde niña bailé y se quedaban mirando cómo lo hacía. Mis pies sobre la tierra y mis manos trepando por el aire para alcanzar el cielo. Al bailar siento que muere el pasado y no hay futuro, todo ocurre en ese momento en que la música me hace perder el miedo y a nada le temo. Soy yo. Entera. De la cabeza a los pies. ¿Cómo podría bailar sosteniendo una calabaza en cada mano? ¿Cómo podría bailar con mis pies encadenados?

Ese día decidí ser yo misma. No sabía cómo conseguirlo. Pero quise ser yo misma.

16

Comencé a despertarme en el medio de la noche. La transpiración me cubría el cuerpo. Sentía un intenso calor y, enseguida, un enfriamiento. Pensé que me habían embrujado.

Visité a Amparo, que siempre me ayudó en estos asuntos y que me enseñó más cosas de las que mi madre y Sara me enseñaron. Amparo tenía mucha fuerza y sus trabajos nunca dejaban de surtir efecto. Me conocía desde niña y me había augurado las malas cosas que me pasarían. Al estar frente a ella, me miró tranquila y apenas dijo:

—Te carcome lo que está dentro tuyo. Hacé lo que querés hacer. De lo contrario, te empezarán a salir granos de pus y se te partirá el vientre en los días de la regla.

—Me da miedo —le dije.

—No vas a hacer más de lo que debés hacer. Si no te castigás a vos misma, nadie puede hacerlo. Lo que pensaste es la única puerta por la que podés salir.

Le di en pago un colgante de oro con una delicada cadena también de oro que me había regalado un hombre.

—¿No me han hecho nada? —le pregunté ya pronta a salir.

—Te lo estás haciendo sola. Andate.

Así supe que el sudor de la noche venía de mis entrañas y que no se detendría hasta que acabara de librarme de las cargas.

17

—¿Dónde estuviste? Hace horas que no se sabe de vos. El chico no ha parado de llorar y debe tener hambre. ¿Te acordaste de su comida? —dijo Yeray.

Lo había olvidado. Lo limpié, lo vestí, lo alimenté.

Dejé al niño. Estaba harta.

Yeray me tomó de la cintura y me tiró sobre la cama.

Se quitó la camisa y el pantalón. Me sacó todas las prendas. Subió encima de mí sin besos ni caricias, como si montara a una yegua. Se movía con violencia. Respiraba fuerte y soltaba un aire caliente sobre mi hombro. Sus movimientos no eran tan solo violentos, había en ellos rencor hacia mí, voluntad de deshacer mi cuerpo, lograr que le implorara no seguir.

No dije nada. Ni siquiera le di un jadeo. ¿Qué se creía? Hasta me pareció ridículo. Había algo de ridículo en Yeray encima de mí, con su tufo y su cuerpo hirviendo. Tironeó mi pelo mirándome a la cara como si fuera a escupirme. Me dio vuelta poniéndome boca abajo y entró en mí como dispuesto a mostrar que era un hombre, todo un gitano, y que podía hacer de mí cuanto le viniera en gana.

Cuando terminó, me vestí en silencio. Quería tomar distancia. Él permaneció acostado mirando hacia el techo. Entonces, dijo lo que no esperaba dijera:

—La primera vez que te vi eras una niña de diez años. Tenías el cabello bonito y la sonrisa graciosa. Desde ese tiempo, gusté de vos. Mi padre exigió que me casara para salvar tu honor. Lo hizo por amistad con tu padre y por el dinero que recibió. Yo me puse contento. De alguna forma, te tendría. Pero, en la noche de nuestro casamiento, supe de una vez y para siempre, que nunca me querrías. Sentí tu rechazo y dejé de quererte. Me quedé a tu lado pero no tuve una hora de felicidad en tu compañía. Si me hubieras querido, hubiese bordado en mi piel las letras de tu nombre y habría juntado las gotas del rocío para que bebieras agua pura.

Encendió un cigarrillo y era como si todo lo que dijo lo hubiera dicho estando solo.

Acabé de vestirme y salí a la calle en dirección al mercado. Comenzaba la primavera y las hojas de los árboles cobraban un color verde intenso. Mientras caminaba, recordé las palabras de Yeray. No supe si había sido sincero.

¿En qué cambiaba algo si lo fuera? No me importaba nada de él y ojalá cayera un rayo y lo partiera.

18

Yo ya no podía respirar entre ellos. Eran como una mano enorme apretándome el pecho. Como si me hubieran puesto una bolsa tapando mi cabeza y el aire no llegara a mis pulmones. ¿Vio esas bandadas de pájaros que emigran? ¿Adónde van sino a buscar un mejor lugar? Lo mismo hizo siempre mi pueblo. Ir de un sitio a otro. Como pájaros. Un gitano no nació para echar raíces. Nació para ser pájaro y ser libre de elegir hacia dónde ir. Yo nací

gitana y es ley que debo acatar la voluntad del hombre. De mi padre, de mis hermanos, de mi marido. Debo obedecer a lo que ellos quieran. Un hombre gitano nace para ser libre. Una mujer gitana, para ser esclava. ¿Puede explicarme por qué debía aceptar que fuera así?

Me faltaban dos días para cumplir los diecisiete. Salí sola y vestida de criolla. Dejé mi pelo suelto y usé una falda que estaba a la moda. La había robado de una tienda un mes atrás. Fui hasta el Rosedal, en Palermo. Me gustaba caminar por allí. Estaba algo distraída, pensando en esas cosas que se piensan y que una ni se acuerda que pensó. No vi al payo acercándose. Me habló y le respondí. Era entretenido hablar con él.

Caminamos y nuestros cuerpos se rozaron varias veces. Era una bonita tarde de comienzos del verano. Sin que lo esperara, él me preguntó:

—¿Puedo darte un beso?

Di un paso hacia atrás. Sonreí. Quedé perpleja. Ningún hombre me había preguntado si podía darme un beso. Simplemente, me tomaba y hacía lo que se le antojara.

Noté que se sonrojaba. Le acaricié la cara. Tenía la piel delicada y ardía al contacto con mi mano.

Me acerqué hasta apoyar mis senos en su pecho. Lo miré a los ojos y entreabrí mi boca. Me besó de un modo que no conocía. Nadie me había dado un beso fresco y precioso como el que él me dio.

Lo abracé y me junté a su cuerpo entero con mi cuerpo entero. Le gusté. Supe que le gusté.

Su sangre hervía y podía sentirla a través de su ropa. Tocaba mi cuerpo. Pero no me pidió ir donde estar solos y disfrutar de mí. Entonces, le dije:

—¿No tenés dónde llevarme para estar conmigo?

19

Fuimos a un hotel cerca de Plaza Italia, creo que por la calle Paraguay. Pasé el resto de la tarde en su compañía. Me gustaba estar a su lado. Era la primera vez que me acostaba con un payo. Y era distinto a hacerlo con un gitano. No endulzaba mis oídos con palabras bonitas ni me hacía juramentos de amor.

Hablaba de su familia, de estar estudiando bioquímica, que yo no sabía ni lo que era; de su hermana y del novio de su hermana; de un perro que hacía gracias. Le conté que me gustaba el baile. Me reí cuando quiso saber si bailaba el twist y el madison, que eran los ritmos de moda. Le dije:

—Soy gitana.

Él se sentó en la cama.

—¿Gitana? No tenés la pinta de una gitana.

—¿Pinta de qué tengo?

—No sé. Pero no de gitana. Nunca hubiera pensado que fueras gitana. Me imagino que no puedo llevarte a bailar el twist si vas vestida con las ropas que usan.

Me reí.

—¿Por qué no estás vestida como gitana?

—Muchas veces nos vestimos como las criollas.

—¿Criollas? ¿Yo vendría a ser un criollo para vos?

—Un payo.

—¿Qué es un payo?

—Uno como vos, que no es gitano.

—¿Dónde naciste?

—En un campamento que está en las afueras de Buenos Aires. Después, nos mudamos a una casa. Como muchos de nosotros. El campamento sigue estando.

—¿Sos argentina?

—Soy gitana.

—Ustedes son como los judíos. Nacen en el país y se sienten judíos y gitanos. Mi viejo es italiano y dice que los judíos no quieren la tierra donde viven. Son judíos y sienten fidelidad por Israel. Ustedes son como ellos.

—No somos como los judíos. Somos gitanos.

—No me gustan los judíos ni los gitanos. Los gitanos roban chicos y andan robando en los negocios.

—Esas son mentiras.

—No son mentiras. ¿Dónde trabaja tu viejo?

—¿Y qué te importa, necio?

Me puse de pie y entré al baño con mi ropa. Regresé con rapidez. Él no había acabado de calzarse los zapatos. Abrí la puerta y salí al pasillo.

—No van a dejarte salir sola —dijo.

—¡No te metás conmigo, pajero! —le grité.

Pensé que vendría atrás de mí a golpearme. No lo hizo. El hombre de la entrada me dijo que no podía salir sin la compañía con la que entré. No quise hacer bulla y permanecí quieta, mirando el suelo, hasta que él apareció. Devolvió la llave y fue a la calle conmigo. Me alejé sin saludarlo.

Mis ojos estaban rojos de furia y se saltaban las lágrimas de enojo. Crucé la calle. Fui a la parada de colectivo. Me apoyé contra el poste y esperé.

Un auto se detuvo junto al cordón de la vereda.

Un hombre, otro payo, con una de esas caras de marido que ganó plata de grande y quiere desquitarse de lo que no hizo siendo joven, se asomó por la ventanilla.

—Hola, ¿querés dar una vuelta?

Subí.

—¿Cuánto cobrás? —me preguntó.

Le di el precio.

20

La tarde que subí al coche de ese payo, aprendí a ganarla por mí. No precisaba de Yeray, de mi padre, ni de viejas como Sara que me dijeran lo que debía hacer. Ni me importaba si estaba bien o si estaba mal. Era mi vida y hacía de ella lo que me viniera en gana.

Se había hecho noche cerrada cuando retorné.

Yeray se enojó y volvió a golpearme. Me reprochó que el niño no había comido y que su propia comida estaba sin preparar.

Hice lo que debía con el niño y a él le di lo suficiente para llenar su barriga. Faltaba que le diera lo que de mí pedía siempre.

Me quité la ropa y me tiré desnuda sobre el colchón. Le clavé mis ojos en los suyos, mojé mis labios con la lengua.

Yeray vino sobre mí y empujó mi cabeza hasta su entrepierna. Lo hice arder y, montada en él, tomé su miembro y lo puse en mí. Dos hombres habían estado antes que él. Ni siquiera había limpiado la suciedad

Yeray gozaba poniendo una parte de su cuerpo donde estaba sucio de la suciedad ajena.

Simulé haber tenido placer.

Él estaba medio borracho y se quedó dormido. Los mosquitos me picaban y el colchón estaba lleno de chinches. Me sentí molesta. Demasiado molesta. Miré hacia la puerta. En diez pasos, estaría fuera del galpón y podría andar por las calles hasta perderme. ¿Por qué tenía que quedarme?

Tibo había sido un sueño que se deshilachó como las nubes con el viento. Nunca querría a Yeray ni tendría algún sentimiento por el niño. Estaba agotada. El día había sido uno de esos largos días que dan la impresión de no tener fin. Me acordé de mis juegos de niña y, pensando en ellos, me quedé dormida.

21

Al llegar la mañana, no hice nada que saliera de lo común. Yeray se marchó y quedé a solas con el niño. Puse en una maleta un poco de ropa y las joyas que había escondido de Yeray. También, tenía algo de dinero. Bastante como para comer unos días y sacar un pasaje que me llevara lejos.

No llevé ninguna de mis ropas de gitana. Apenas unos vestidos, unas polleras y unas camisas de criolla. Ya me iría arreglando. Justo, un día después era mi cumpleaños y cumplía diecisiete años. Antes de irme, cambie al niño y le di de comer. No hice nada más. Le eché una mirada antes de cerrar la puerta. Y le juro por mi vida que no hice nada más.

22

Fui hasta la estación de trenes en Retiro y saqué un boleto para Tucumán. En el viaje, un hombre bastante mayor a mí me invitó al coche comedor, me pagó la comida y me dio la plata que le pedí por meterme con él en el baño del tren.

El baño tenía un olor asqueroso y asqueroso era el aliento del hombre. Hice todo rápido. Un poco de suciedad en mi boca y el dinero en mi bolso. Estaba contenta. Todo lo que hacía era por mí misma y a nadie le debía responder por mis actos ni por mis pensamientos. Eran míos. A quien no le gustara, que se fuera de mi lado.

Estuve poco tiempo en Tucumán. Seguí viaje y crucé la frontera hasta llegar a Bolivia. Gané un poco de dinero, fui al Perú y terminé en Colombia.

Tenía diecinueve años al llegar a Bogotá. En cada sitio, me valía de los hombres para que me ayudaran. Les contaba una historia triste sobre mi vida y ellos la creían. Los hombres creen

todas las historias que les cuentan las mujeres que les gustan. El dinero me lo gané en la cama y bailando.

Hubo un empresario que me contrató para un teatro de mala muerte y me puso un nombre de fantasía. Me hizo llamar «Lola». Decía que Eva no era nombre de bailaora. Desde entonces, deseché el nombre que mis padres eligieron para mí y fui Lola. Nada iba quedando de mi vida anterior, hasta el recuerdo de Tibo se me hacía borroso.

Lo único que me acosaba en las noches, mientras dormía, eran los sueños sobre el niño. Lo soñaba y lo soñaba. Y me despertaba sobresaltada y mojada en sudor.

La suerte me hizo encontrar con Abel Ramírez. Era un empresario de algún renombre, de cincuenta y seis años, y con familia numerosa. Me acosté con él, quedó muy satisfecho, y me hizo su amante. Fue con él que viajé a España y conocí Madrid, Granada y Sevilla como a las palmas de mis manos.

Abel retornó a Colombia y no quise seguirlo. Me quedé en Madrid. Bailaba flamenco y cantaba con el alma. Nadie pensaba que fuera otra cosa que española porque se me había pegado el acento como si hubiera nacido de abuelos y padres españoles. «La Lola» comenzó a tener algún éxito. Pero siempre se precisa la mano de Dios para que los caminos se abran. Y me llegó Manuel Bermúdez. Era muy rico y dueño de dos teatros. Le gusté y me pidió que bailara desnuda para él. Luego, organizó una gira para mí y viajé acompañada por todo un grupo de guitarristas y bailaores. Yo a la cabeza: yo, «La Lola».

Todo iba de maravillas hasta que una noche en que el cuarto parecía incendiado por el calor del verano, desperté en medio de la noche mojada en sudor de la cabeza a los pies y el corazón brincando como para salirse del pecho.

Había vuelto a soñar con el niño.

23

Como todos los hombres, Bermúdez no hacía nada que no fuera a darle algún beneficio. Dinero conmigo ganaba. Pero, también, quería que le diera placer en la cama. Yo se lo daba cuanta vez lo pedía. Era un hombre viejo, tal como lo veía entonces, que yo andaba por los veintitrés y él pasaba los sesenta. Pero era buen amante, experimentado y tranquilo. Parecía conocerse bien y saber que el tiempo pasa como las langostas devastando los sembradíos. Entonces, no exigía demasiado y, si lo pienso, daba más goce que otros.

De él no me agradaba la piel y las arrugas. Nunca me gustaron los viejos. Ni quiero ser vieja jamás. Ver un viejo desnudo es desagradable. El vientre cubierto de pliegues como ropa sin planchar, la piel como higo seco, las piernas con venas azules, los pies deformados.

Cuando llegaba el turno, cerraba los ojos y me lo imaginaba joven y bien oliente. Así, con los ojos cerrados, me hacía sentir bien con todo lo que me hacía. Al darle la recíproca, no podía evitar llenarme la boca con su gusto sin conseguir que alguna vez esa parte de él tuviera la dureza que debe tener. Por eso, fue refrescarme, como si me hubiera arrojado desnuda a un lago de aguas frescas en una tarde de verano, el acostarme con José Acevedo. Toda España estaba rendida a su pies, como los toros que mataba en el ruedo. Y caí a sus pies para ser suya y ser quemada por el fuego que él tenía.

Me alejé de Bermúdez. Mi nombre ya era conocido y, con un nuevo representante, no me faltaron los contratos. Muchos más al saberse que era la querida de José Acevedo.

Su mujer golpeó a mi puerta y me le reí en la cara. Me echó maldiciones y se fue con las alas mojadas. Seguí actuando en los tablaos y él se sentaba a mirarme y aplaudía de pie. Muchas

veces, bebía de más y enloquecía, como si un demonio le entrara al cuerpo. En esas veces, gritaba, rompía lo que encontraba a su paso y me golpeaba. Igual me daba. Era mi hombre y me correspondía estar a su lado. Creí que nunca nos alejaríamos. Pero aprendí que una está en manos del destino y el destino decide. Y que nadie se le plante.

24

Era una tarde cargada de sol en Madrid. La plaza de toros estaba tan llena de público que no habría entrado la corteza de un árbol. Aplaudieron a rabiar en el tercio de varas mientras, a mí, se me había helado la sangre viendo a José arriesgar como nunca con el capote. Tenía una faena formidable.

El toro estaba listo para la muerte y José, con el estoque, para hacerlo morir. Vi cómo arremetió el toro y vi cómo el estoque entró en el toro. De pronto, la plaza entera quedó en silencio.

Creí escuchar al toro soltando el aire por el morro. El silencio acabó y hubo un grito que pareció ser de uno solo pero era de todos. Los cuernos del miura le habían entrado en lo que llaman «el triángulo del torero» del muslo derecho.

La arena se cubrió de rojo, de rojo de sangre y de muerte. El toro, victorioso y de pie, esperaba su muerte. El torero, caído y vencido, la suya.

25

Creí volverme loca. Lloré lo que no lloré en todos los años que había vivido. Mis lágrimas caían como lluvia en el campo. Hasta pensé en cortarme las venas. Borracha, partí una botella contra la mesa y me hubiera lastimado bien profundo si no hubieran tomado mi mano. Había olvidado que un hombre estaba

conmigo. Estaba tan borracho como yo pero despertó al levantarme. Escuchó que trastabillé haciendo caer una silla. Estaba detrás de mí cuando partí la botella. Era un hombre que apenas conocí. Uno de los tantos que usé para olvidar a José. Ninguno de ellos se le arrimaba en hombría.

Después, como siempre pasa, me fui calmando y entendiendo. Me dijeron las curanderas que la culpable fue su mala esposa que lo maldijo por sus traiciones y había pagado grandes sumas para que él muriera como murió.

Gasté casi todo mi dinero y entregué algunas joyas pagando los hechizos para vengarme de ella y vengarlo a él. Demoró en llegarle la suerte pero nadie escapa cuando el hechizo es fuerte.

Esa mala hembra rodó por la escalera y se quebró la espina dorsal. Para siempre quedó en silla de ruedas. Al enterarme, festejé como nunca y me emborraché hasta caer.

Cuando desperté, sentí molido el cuerpo pero, por fin, mi alma tenía paz.

26

Veinte años atrás, me fui de aquí con unos centavos y una maleta vieja. Vuelvo rica y famosa y mi nombre refulge en la marquesina del teatro Avenida.

En la noche del estreno y las funciones siguientes, el teatro en pleno me ovacionó mientras los críticos se deshicieron en elogios. Cumplí las funciones pactadas y me vuelvo a Madrid. Hace diez meses que falto. Todo ese tiempo de gira triunfal.

Me hará bien dormir en mi cama y oler el aroma que despiden las plantas y las flores de mi jardín.

Le digo que hay veces en las que me despierto en las noches y es como si tuviera fiebre y es que me vuelve ese sueño. El del niño. Nadie me lo ha podido quitar.

Debe ser que fue terrible lo que hice con el niño. Pero nació débil y enfermo y nunca se pondría de pie. Será por lo que hice que lo sueño.

Ya está hecho y Dios sabrá. Que me perdone, si quiere. O me mande al infierno cuando se le dé.

¿Usted va a escribir lo que le conté? ¿Sabe que nunca lo voy a leer?

A las gitanas no nos dejan aprender. Algunas alcanzan el segundo o tercer grado en las escuelas y las sacan para que no sepan de más ni se entusiasmen con payos. A mí, nadie me mandó a la escuela ni me enseñó las letras. Soy analfabeta. Así que, por mí misma, no voy a enterarme lo que de mí escribió.

Confío en usted, que me han dicho es hombre de palabra y si me lo ha jurado, sé que cambiará mi nombre y un par de cosillas para que no les sea fácil saber quién soy. Que adivinen, si les viene en gana.

Y todo los detalles que le conté de cómo fue lo del niño, no lo ponga usted. Puede insinuarlo, si quiere. Que entienda el que quiera y el que no, asunto de él.

Luisa

1

¿Y qué quiere que le diga? Las cosas son así. Dicen que no pero usted sabe que tengo razón. Cada uno debe estar en su lugar. Si una subió y otra se quedó abajo, lo lamento. Es lo que toca. El de arriba y el de abajo no son iguales. Sé muy bien de lo que hablo. No me regalaron nada. Sufrí mucho. Pero salí. ¿Por qué tengo que aceptar a los que no son capaces de abrirse camino aunque sea a hachazos? ¿Por qué tengo que sentarlos a mi mesa? Somos de dos mundos distintos.

De chica ni me daba cuenta que era así. Todos eran como yo. Vivíamos en la villa de Retiro, en una casa con paredes de ladrillos sin revocar y techo de chapas. La casa tenía el piso de tierra y, hasta que tuve once o doce años, las ventanas estaban tapadas por una cortinas de lona vieja. Recién entonces, pusimos unas celosías que conseguimos de una demolición.

Eran dos piezas separadas por un tabique de madera que no alcanzaba al techo. En una cama doble, dormían mis viejos. Yo y mis hermanos, en el piso de la otra pieza, que también usábamos como cocina y comedor. Los vecinos de al lado y los de enfrente, todos eran como nosotros. Se vestían con ropa barata y los pibes andábamos en pata. Usábamos las zapatillas para ir a la escuela. Yo terminé el primario y pasaron años para que siguiera estudiando.

Mi viejo era albañil y llegaba en pedo. Nos insultaba a los gritos y la fajaba a mi vieja. Ella trabajaba de sirvienta por horas. Nosotros íbamos a pedir monedas, a vender estampitas o abrir la puerta de los autos. Yo vendí flores. Me las daba una vieja que tenía como quince pibes trabajando para ella. Pagaba una miseria y se quedaba con la parte gruesa.

La calle es dura pero se aprende. Una tarde, un coche se paró cerca de donde estaba. Un tipo se asomó por la ventanilla y me llamó. Me preguntó cómo me llamaba. «Luisa», le dije. Me miró de la cabeza a los pies. Yo tenía once años, era flaquita y con patitas de tero.

—¿Querés ganarte unos pesos? –me preguntó.

Le dije que sí.

—Subí –me dijo.

Arrancó y me llevó por no sé dónde. Cuando estacionó, sin decirme una palabra, se bajó los pantalones. Yo ya había tenido relaciones con los pibes del barrio. Por atrás. Por el embarazo. Pero nunca había hecho lo que el tipo me pedía. Lo hice. Me parece que bastante bien por ser la primera vez. Me dio un asco tragar. Pero no me hice mucho problema. Había ganado más plata que en tres días de vender flores. Seguí en lo mismo. Subía a los autos y esperaba que se bajaran los pantalones o abrieran la bragueta. Mi vieja vio que llegaba con más guita y entró a sospechar. Cuando le conté lo que hacía, me dijo:

—Cuidate. Que no te dejen preñada.

2

Mi tía Elba habló con un turco al que le hacía la limpieza en el negocio. Me ofreció. El Turco aceptó enseguida. Quería tener a una virgen de doce años. Mi tía me llevó con él y dijo que me esperaba en el bar de la esquina. El Turco le pagó bastante. Como se imagina, a mí me dio muy poco. Mi vieja se enteró y se peleó con ella. Le reclamó más plata y le dijo que si quería seguir ofreciéndome no se arreglaba con centavos.

El Turco me trató muy bien. Tenía un rico olor a lavanda. Estaba bien afeitado. No me gustaba que me besara. Me pinchaban sus bigotes. Estuve tres veces con él y me llevó a trabajar

como sirvienta en su casa, con cama adentro. Ahí fue cuando empecé a ver cómo vivía otra gente y todo empezó a cambiar para mí.

3

No pasó mucho tiempo para que me diera cuenta por qué el Turco me había llevado a su casa. Tenía un hijo de catorce años, el Oscar. Era un lindo chico, me gustaba. Una noche fue a mi pieza. Yo sabía que, tarde o temprano, iba a ir. Era su primera vez. Fue muy torpe pero me sentí bien. Hasta me empecé a enamorar de él. Usted sabe, una chica siempre se hace ilusiones. Lo malo es el momento en que las ilusiones se rompen.

El Turco, mientras estaba en la casa, era muy respetuoso y amable conmigo. De vez en cuando, buscaba una excusa y me hacía ir al negocio. Entonces, me llevaba a la cama. La señora parecía no darse cuenta de nada. Era bastante joven. No sé bien cuántos años tenía pero era una linda mujer, con unos ojos negros, grandes, el pelo muy oscuro, y un cutis sin una arruga ni un granito.

No sé qué buscan los hombres. Cualquiera hubiera querido estar con una mujer como esa en vez de una mocosa como yo. No se olvide que no me había desarrollado. Apenas tenía pechos y mis piernas seguían pareciendo alambres. Creo que lo único bueno era mi cara y, por lo que decían, mi cola. Estuve dos años en la casa del Turco. Una noche, Mateo, que era amigo del Oscar, vino a mi pieza. Le dije que se fuera. Él insistió. Me levanté de la cama y le pedí que me dejara sola o le contaría a la señora. Cuando menos lo esperaba, apareció el Oscar. Creí que lo haría irse. Fue lo contrario. Él lo había mandado. Yo le pedí que se llevara a Mateo. No quiso.

—Dale, no te cuesta nada —dijo el Oscar.

Le juro que me dolió en el alma. Ya le conté que estaba como enamorada de él y que me entregara a un amigo era lo más sucio que me había pasado. Me parece que se me llenaron los ojos de lágrimas y estuve a punto de llorar.

El Oscar me abrazó y me sacó el camisón. Me acostó en la cama y terminó de desnudarme. Subió encima de mí mientras Mateo miraba apoyado contra la puerta. Terminó rápido, como acostumbraba. Se acomodó la ropa y dijo:

—Te toca a vos.

Mateo se sacó los pantalones y vino hacia mí. Oscar empezó a reírse. No sé por qué se reía. Se sentó en el suelo y se rió más fuerte. Entonces, se abrió la puerta y entró la señora.

—¡Negra de mierda! ¡Ya mismo te mandás a mudar! ¡Y ustedes dos, salgan enseguida de acá! ¡Vos, negra asquerosa, hacé la valija y salí ya mismo! —gritó.

El Turco se despertó con los gritos. Cuando supo lo que había pasado, vino a mi cuarto.

—¿Qué hiciste? No hay nada que hacerle, sos una negra puta. ¿Para qué te di la oportunidad de vivir como se debe? ¿Así me pagás?

Me puse a llorar. Ya había metido mi ropa en un bolso.

—No llorés lágrimas de cocodrilos. ¿Cómo vas a hacer una cosa así en una casa decente?

Desde la puerta, la señora dijo:

—¿Qué te extraña? Te dije que era una negra villera. Con esta gente no se puede. Son todos chorros o putas.

El Turco meneó la cabeza.

—Apurate con tus cosas —me dijo.

Tomó a la mujer del brazo y la llevó con él hablando en voz baja. Con el tiempo me di cuenta que podría haber contado lo que pasó entre nosotros. No sé por qué no lo hice. El Turco y el Oscar eran dos hijos de puta y se lo hubieran merecido.

A la una de la mañana, con catorce años, quedé sola en medio de la calle. Tenía algo de plata que había ahorrado. Por supuesto, ni el sueldo de ese mes me pagaron.

No se me pasó por la cabeza hacerles juicio. Yo era una ignorante y mi vieja nunca quiso meterse en líos. Imagínese, lo que le cuento pasó en el año cincuenta y pico. Ya lo habían derrocado a Perón y estaba de moda Billy Cafaro. Me acuerdo porque a uno de mis hermanos le empezaron a decir Piti porque se la pasaba cantando *Pity Pity*.

4

Pasé unos meses en la villa y volví a hacer lo que había hecho antes. Quería salir de ahí. Vivir como la gente que había conocido. Conseguí otro trabajo con cama adentro. Era un matrimonio sin hijos. La señora siempre estaba triste. El único hijo que tuvieron se murió al año de nacer. Me daba lástima lo que les pasó. Fueron buenos conmigo y me ayudaron mucho. Por ellos, fui a la escuela nocturna y terminé el secundario.

En la escuela, conocí a un muchacho. Trabajaba en una panadería. Le mentí diciéndole que tenía dieciocho cuando apenas había cumplido dieciséis. Mi cuerpo cambió de un año a otro. Me crecieron los pechos y los hombres comenzaron a mirarme las piernas. De no ser por la cara, que, todavía, la tenía bastante añilada, cualquiera podía darme más edad.

Manuel tenía veinticuatro y no era muy lindo. Me gustaba cómo hablaba y que fuera trabajador. Salimos varias veces y, recién, al mes, me besó. Era demasiado delicado y tímido. Yo quería más pero no pasó de tocarme por encima. Duramos juntos hasta terminar el colegio. Después, lo dejé.

Conocí a otro que me movió el piso. Jorge, se llamaba. Tenía treinta y cinco años y estaba casado. No me importó. Mien-

tras andaba con él, estudié peluquería y él puso la plata para poner un negocio. Íbamos a medias. Dejé de trabajar como sirvienta y me mudé a una pensión. Lo que ganaba me alcanzaba para estar bien. Pero, cada vez que me iba bien, algo se cruzaba y arruinaba todo. Quedé embarazada.

5

Me alejé de mi familia. Hubo una pelea entre mi hermano mayor y mi viejo. Mi hermano se metió cuando estaba pegándole a mi vieja y le rompió la cara. Mi viejo se fue y terminó juntando basura en la Quema. Se la pasaba borracho todo el día. Mis dos hermanos mayores se mudaron a Entre Ríos y les perdí la pista. Una de mis hermanas tuvo un hijo a los quince y, después, se llenó de hijos con el muchacho con el que se juntó. Mi hermana menor siempre fue una vaguita. Mi vieja se volvió a juntar con un hombre que la trató bien. Yo no los visité más y ninguno de ellos se preocupó por lo que me pasaba. Así que ni se enteraron que tuve un hijo.

¿Quiere saber por qué no me hice un aborto? Ya me había hecho uno. No se lo conté antes pero se lo digo ahora. Quedé embarazada mientras estuve en la casa del Turco. No sabía si era de él o del Oscar El Turco lo pagó.

Pero no fue por miedo a que me pasara algo malo que no aborté. Creí que era la forma de asegurarme que esa basura con la que andaba estuviera siempre conmigo. Me equivoqué. Se enojó y me abandonó. No se lo perdoné.

Una mañana fui a su casa. Toqué el timbre. Me atendió la mujer. Una gorda inmunda que me abrió la puerta vestida con un batón y en chancletas. Le dije que estaba embarazada de siete meses y que el hijo que esperaba era del marido. Puso cara de asco. Gritó que era una desfachatada, una negra puta.

—¡Y vos, gorda de mierda, sos una cornuda y una pelotuda!

Le contesté. Me quiso cagar a piñas. Salí corriendo y la puteé de lejos.

Cuando tomé el colectivo estaba contenta lo jodí al Jorge.

6

Me quedé con la peluquería.

Al no tener que dar el cincuenta por ciento de las ganancias, comencé a ganar bastante. Alquilé un departamento de un ambiente en una planta baja. Era mi primera casa. La arreglé como un chiche y me propuse ganar más plata. Como se imagina, el chico hubiera sido una carga. Por eso lo di. No esperé mucho. Ni llegué a darle el pecho. Ya había arreglado con una enfermera. Ella se lo llevó. Sé que se ganó unos pesos con eso. Yo no pedí nada. No quería tener que cargar con el chico. Era suficiente con que me lo sacaran de encima. Además, ¿qué vida iba a tener conmigo?

Puse otra peluquería. Más grande y con tres peluqueras a las que les daba un porcentaje por cliente. También, trabajaba una chica como manicura y que, por la propina, lavaba las cabezas. Me hice de una posición en poco tiempo. Pude comprarme un departamento de dos ambientes y poner un cartel enorme en la puerta de la peluquería.

En esa época, me presentaron a Alfonso. Era español, viudo, de cuarenta y seis años. Muy simpático y bastante buen mozo. Por unos días, me hice la interesante hasta que le acepté la invitación a tomar el té.

Al día siguiente, fuimos al cine y me tomó de la mano cuando se apagó la luz. Mucho de lo que hacía me parecía ridículo. Como que era demasiado ceremonioso. Parecía pedir permiso y disculpas por cualquier cosa. Le conté unas macanas sobre mi vida

y él las creyó. En España, había pasado hambre y recién pudo comer seguido estando acá. Era dueño de un bar y se pasaba catorce horas al días atrás del mostrador. Su hijo mayor hacía el servicio militar y el menor terminaba el secundario y pensaba estudiar para contador.

Alfonso me llevaba más de veinte años pero era un buen candidato como marido. Así que hice todo lo que estaba a mi alcance para engancharlo. Me costó porque le preocupaba la opinión de los hijos pero terminó aflojando y nos casamos.

7

Me llevó a España, fuimos a su aldea en Castilla y visitamos a sus parientes. Me gustaba esa vida. Con sus hijos nos llevábamos mejor de lo que pensé. Eran muchachos trabajadores y de buenos sentimientos. Un poco inocentes, le diría. Como si les faltara calle.

Alfonso me presentó a unos matrimonios con los que nos reuníamos casi todas las semanas. Jugábamos a las cartas, salíamos a cenar o íbamos al teatro. Vivíamos en una casa grande, en Almagro. Compré un canario y un perro. Alfonso tuvo su primer coche. Un Fiat 1500. Lo compró por mí. Para que paseáramos los domingos.

Jamás se me ocurrió que pudiera pasar algo malo con el auto. Él manejaba con cuidado, con las limitaciones que tienen los que empiezan a manejar de grandes. Era muy cuidadoso. A veces, me daba un poco de vergüenza ir tan despacio. Entonces, le pedía que acelerara un poco. Por eso, nunca pude explicarme cómo pudo terminar como terminó. Para colmo, ese mismo año, quedé embarazada. Él se puso muy contento. Incluso sus hijos se alegraron. Ellos estaban más felices que yo. No me gustaban los chicos. No quería tener hijos. Si Alfonso no se hubiera dado cuen-

ta, seguro que me lo hubiera sacado. Pero no me quedó sino seguir adelante.

El chico nació el 19 de octubre y el accidente pasó el 23. Alfonso iba por la avenida Córdoba. A la altura de no me acuerdo qué calle, un colectivo cruzó en rojo. Lo chocó. El golpe fue justo en la puerta del conductor. Alfonso no llegó vivo al hospital. La verdad es que lloré mucho. No porque lo hubiera querido demasiado sino porque había algo injusto en todo lo que me pasaba. Si era un buen momento, ¿por qué aparecía una nueva complicación arruinando todo?

8

Los hijos se hicieron cargo del bar. Debo reconocer que se comportaron bien conmigo. Otros hubieran procedido distinto pero estos muchachos no dejaron que me faltara nada. La casa quedó para mí y vivimos en ella con José Manuel, mi hijo. Puse una mujer para que lo cuidara y me dediqué a la peluquería. Me mantuve lo más alejada que pude del chico. Hasta que tuvo dos años. Entonces, se enfermó.

Estuvo entre la vida y la muerte por veinticuatro horas. No sé qué me pasó. Al verlo sufrir, acostadito en la cama, indefenso y chiquito, empezó a dolerme el alma. Recé como nunca había rezado en toda mi vida. Prometí ir caminando hasta Luján si se curaba. Llegó un momento en que hubiera dado mi vida por la la vida de él.

El pobrecito se sanó y yo me di cuenta que quería a ese pequeñito como no había querido a nadie en la vida. Lo adoraba. Era mi luz. Todo lo que me importaba de este mundo era mi hijo. Le aseguro que, cada día que viví, desde que recobró la salud, estuvo dedicado a él. José Manuel llenaba cada hora de mi vida. Hice todo por mi hijo. Lo mandé a una buena escuela y lo

tuve siempre limpito y bien vestido. Como supondrá, hacía rato que todos me trataban de señora. Ni sé cómo pasó. Pero había llegado a ser una señora.

9

Salí con algunos hombres pero no tomé en serio a ninguno. José Manuel, sin qué me diera cuenta, dejó de ser el nene que corría a abrazarme cuando yo entraba a la casa y se convirtió en un muchacho que se encerraba en su cuarto a fumar, escuchar música y a hablar con sus amigos.

Era como si yo hubiera pasado a ser secundaria en su vida. Alguien a la que ya no precisaba y a la que parecía unido más por lástima que por amor.

José Manuel empezó a salir con chicas, llegaba tarde a casa y, a veces, medio tomado. Cosas de la edad, ya sé. Pero me hacían mal. Era como que necesitaba tenerlo conmigo todo el tiempo. No compartirlo con nadie ni mantenerme ignorante de dónde estaba o qué estaba haciendo.

Mi carácter cambió. Me hice más avinagrada con él. Le gritaba y le hacía reproches por lo que fuera. Un día llegó bastante temprano. Él estaba en la facultad. Estudiaba para contador, como el medio hermano, que ya se había recibido y tenía su propio estudio. Le pregunté por qué no había ido a la facultad.

—No voy a estudiar más. Conseguí trabajo en una empresa.

Me enojé como nunca. Hasta lo insulté. Antes de meterse en su pieza, José Manuel dijo:

—Me caso a fin de mes. El viernes traigo a mi novia para que la conozcas.

Fue como si me hubiera pegado una trompada. Quedé perpleja. No supe qué decir. De un momento a otro, mi hijo abandonaba los estudios y se casaba con una mujer a la que yo ni

siquiera conocía. ¿Cuándo había empezado a andar de novio? ¿Quién era ella?

10

Abrí la puerta de su dormitorio, él estaba acostado, con la ropa puesta. Parecía estar pensando en cosas importantes.

—¿Está embarazada? —le pregunté.

—No es por eso que me caso.

—¿Está embarazada?

Demoró en contestarme.

—Sí.

Respiré hondo. Traté de controlarme.

—¿De cuántos meses?

—De tres.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete.

—Vos tenés veintiuno y ella ni es mayor de edad. ¿De qué van a vivir?

—Vamos a trabajar los dos.

—¿Cuánto hace que andás con ella?

—Cinco meses.

José Manuel era un bobo al que una mocosa atorrante había enganchado fácil.

No hice ningún escándalo. Al contrario, le seguí la corriente. Así pude averiguar más. Le aseguro que estaba dispuesta a mover cielo y tierra para que no se casara. Y menos con una que lo atrapara con una jugada tan sucia.

Esa noche comimos sin hablar del tema. Se sintió confiado. Pensó que había aceptado lo que estaba haciendo. ¿Cómo iba a aceptar una cosa como esa?

El viernes apareció con la piba.

No era como la había imaginado. Era bajita, muy delgada, de cara chupada, medio oscurita, y el pelo largo. Hablaba poco, como si fuera un poco cerrada. Le miré las manos. Tenía las uñas cortas y un poco descuidadas. Eran manos de trabajadora.

—¿Estudiás o estás trabajando? —le pregunté.

Miró a José Manuel, como si le extrañara que él no me lo hubiera dicho.

—De cajera en un mercado —dijo.

—¿Son chinos?

—No. De acá.

—¿Vos de dónde sos? Tenés acento raro.

—De Bolivia.

Imagínese. Mi hijo, un futuro contador, queriendo casarse con una bolita. La había conocido en el colectivo. Se encontraban casi todos los días. Él la esperaba a la salida del trabajo. ¿Cómo iba a permitir que se casara? Siempre supe que llegaría el día en que él querría casarse. Pero no ahora. Ni con esa. Se merecía algo mejor. ¡Mire si se iba a casar con una boliviana!

11

No arreglaría nada hablando con mi hijo. Era con ella con la que tenía que tratar. Fui a buscarla. Se alegró al verme. Pidió una hora libre para hablar conmigo.

Nos sentamos en un banco de la plaza que está enfrente del supermercado.

Hacía un poco de frío y ella estaba desabrigada. Me parece que sentía frío pero no dijo nada.

—No podés seguir con el embarazo —se lo dije de golpe, sin ningún preámbulo.

Le cambió la cara.

—Yo te voy a acompañar. Me hago cargo de los gastos.

Agachó la cabeza.

—También te voy a dar unos pesos para vos. Mucho más de lo que ganás en un mes.

Juntó fuerzas y dijo:

—No, señora. Yo lo voy a tener.

Me desencajé.

—¡Mirá, negrita de mierda, estás loca si te creés que voy a dejar que jodás a mi hijo!

Sus ojos se abrieron muy grandes, llenos de espanto. La asusté, le aseguro que la asusté.

—¿Entendiste? ¿Vos te pensás que no conozco a las putitas como vos? ¿Qué? Encontraste un lindo pendejito, con unos manguitos, y lo querés engachar con un hijo que andá a saber de quién es. ¡Te juro que te reviento antes de dejar que te casés con José Manuel!

La tomé del brazo y la sacudí. Se puso a llorar.

—Pedí permiso en tu trabajo. Mañana a esta hora, te paso a buscar. ¡Mejor que estés acá mismo. Si no estás, te busco adonde sea y te cago a palos!

Le solté el brazo. La miré como para atravesarla con la mirada. Seguía llorando.

La deje sola.

Me detuve en la vereda a esperar un taxi.

Miré hacia donde ella estaba. Se había sentado en un banco y lloraba. ¿Sabe lo qué pensé? «Llora lágrimas de cocodrilo». Eso pensé.

12

Todo salió mal. Al otro día, como habíamos quedado, fui a la plaza a esperarla.

Apareció un hombre. Usaba un traje barato.

—Señora, ¿usted está esperando a Martina?

Tenía un trato amable. Nos sentamos en un banco.

Era un pastor evangelista.

—Martina tiene mucha fe en Jesús. Ayer vino a verme. Estaba confundida. Le dije que no abortara. Sé que va a ser una buena madre y Jesús la va a ayudar.

—Señor, no veo por qué se tiene que meter —le dije—. El problema lo tiene mi hijo no ella. Dejó de ir a la facultad para casarse con una bolita que apenas conoce.

—Martina es una chica muy buena y trabajadora que tropezó en la vida. ¿Usted nunca tuvo un tropiezo?

—¡Nunca, señor! ¡Jamás hubiera hecho algo así para casarme con un hombre! Soy católica, devota de la virgencita de Luján, y no creo una palabra de lo que dicen los evangelistas o los Testigos de Jehová.

Se sonrió y trató de convencerme. Hablaba demasiado. Un charlatán. Me puse de pie.

—Señor, usted y yo no tenemos nada de qué hablar. Esto es entre ella y yo. Dígaselo. Y dígale que nunca voy a permitir que se case con mi hijo. Buenas tardes.

Lo dejé con la palabra en la boca. Como le dije, todo salió mal. Si ese atorrante del pastor no la hubiera respaldado, ella hubiera hecho lo que le pedí. Al final, mi hijo se enteró y se fue de casa. No podía creer que se olvidara de todo lo que había hecho por él. Un desagradecido. Juré que no vería un solo peso mío nunca más. A menos que se alejara de ella.

Mis amigas, Irma y Mimí, me dieron la razón. Mimí me llevó con un parapsicólogo muy bueno. Me dijo que la guachita le había hecho un trabajo. Él se encargaría de reventarla.

Estuve segura que, en poco tiempo, mi hijo volvería con la cabeza gacha. No fue así. Primero pasaron días, después meses. Cuando quise darme cuenta, habían pasado siete años sin saber

una palabra de él. Es cierto que me llegaba alguna que otra noticia por alguno de sus medio hermanos, a los que él saludaba por teléfono en los cumpleaños o en la navidad, pero nada más. Sabía que estaba sano y que tenía dos hijos. Había tenido otro más con la bolita. Después, me vengo a enterar que se había hecho pastor evangelista. ¿Se imagina? Mi hijo, pastor. Y todo por dejarse arrastrar por esa boliviana de mierda.

13

Cuando menos lo esperaba, en una de esas tardes de domingo que son tan aburridas, sonó el portero eléctrico. Era él. Estaba por completo cambiado. Como si estuviera más alto, más formado, más hombre. Se lo veía seguro y sereno. Me abrazó y se le cayeron lágrimas. Me pidió perdón. Yo lo estaba abrazando en el momento en que me pidió perdón. Me alegré. La había dejado. Otra vez, estaba conmigo.

Me equivoqué. El suyo era el perdón del que quiere quedar bien con su conciencia. Seguía con ella y esperaba un tercer hijo. Me invitó a su casa. No quería ir. Sin embargo, fui.

Vivía en Wilde, en un barrio de casas sencillas, había pavimento y luz en la calle. Martina fue la que abrió la puerta. Me dio un abrazo y un beso. A su lado, estaban sus chicos. Dos varoncitos de tres y seis años. Con pinta de bolitas. Ya le dije que no me gustan los pibes. Estos eran mis nietos. No sentía nada por ellos. Ni me emocioné al verlos.

Les di unos regalos que les compré y creo que les gustó. Pasé unas horas ahí. Estaba incómoda. A disgusto. Él era mi hijo pero era como un extraño. Y a ella no podía dejar de verla como la que me robó a mi hijo. No se lo perdonaría nunca.

Mientras comía lo que ella había cocinado, me juré hacer todo lo que pudiera para verlos separados. Hiciera lo que hiciera, nun-

ca dejaría de ser una boliviana de mierda que le jodió la vida a mi hijo y me la jodió a mí. Hasta le hizo perder la religión y se la cambió por toda esa charlatenería. Justo a él, que le debía la vida a la virgencita de Luján.

14

Diga que a los cincuenta años, volví a casarme con un hombre de buena posición. Una compañía, si quiere. Nos llevamos bastante bien. Es italiano. Vino de chico y se hizo solo. Trabajó como un burro. Es maestro mayor de obra y de joven fue bastante mujeriego. Según dice, ahora, conmigo le alcanza y sobra. Se la pasa repitiendo que debió encontrarme a los veinte años, cuando estaba lleno de vitalidad y la sangre le hervía viendo unos pechos desnudos. A él tampoco le gusta la boliviana. Siempre me dice que de estas negras no se puede esperar nada.

15

Estuve pensando bastante y le quiero hacer una confesión: le mentí en varias cosas que le conté.

No sé por qué pero no quiero mentirle. Como si precisara decir todo lo que tengo guardado desde hace años.

A usted le dije que tuve un hijo al que di. La enfermera no se lo llevó para venderlo.

Tampoco es cierto que yo había puesto un negocio. Es verdad que vivía en una pensión. Pero era Jorge, ese tipo que le dije, la porquería esa, el que pagaba a fin de mes y me mantenía.

Cuando me largó, después que hablé con la mujer, fui a hablar con el matrimonio para el que había estado trabajando.

¿Se acuerda que ellos habían perdido un hijo? Bueno, al chico se los di a ellos. No fue el tipo del que le hablé el que puso

la plata para la peluquería. La plata me la dio ese matrimonio. Se la pedí yo. Les vendí el chico.

Me gustaría saber lo que va a escribir. Espero que sea justo y entienda todo lo que sufrí a lo largo de la vida.

¿Puede decirme lo que piensa de mí?

Luci

1

Fue hace más de diez años. Vivían en la casa frente a la nuestra. Apenas llegaron al barrio, se vio que era gente rara. Apenas saludaban y no se daban con nadie.

El pibe era igual que ellos y no tenía ni un amigo. La primera vez que lo vi me pareció que andaría por los diez años. Creció flaco y alto. Se quedaba mucho tiempo en la casa. Los padres nunca estaban hasta la noche. Todo el tiempo tenían las ventanas cerradas o las cortinas gruesas tapando.

Nadie sabía dónde trabajaban ni de qué vivían. Lo que puedo asegurarle es que en el barrio no caían bien. Se vestían raro. La mujer andaba con sandalias franciscanas y vestidos largos, floreados; tenía pinta de roquera, de las que andan en las drogas. El marido usaba el pelo hasta los hombros y siempre con la cara mal afeitada. Se corrió la voz que pertenecían a una secta, que eran umbanda o algo así.

A veces, mi amiga Miriam, que vive en la casa de al lado, decía que se escuchaban gritos y chillidos. Pensamos que sacrificaban animales. Al principio les agarré un poco de miedo. Pero, como siempre pasa, terminé acostumbrada y no me iban ni me venían. Me daban lo mismo.

La verdad es que no se metían en la vida de los demás ni dejaban que se metieran en la de ellos. Por ahí, eso está bien pero este es un barrio en que todos tenemos una forma de vida parecida y ellos quedaban fuera de lugar.

El hombre manejaba una camioneta y la dejaba estacionada en la puerta. Unos pibes que serían de la villa, se la quisieron robar. Desde adentro, los vieron. Salió el hombre y el hijo lo acompañó. El hijo ya era un adolescente. Entre los dos corrieron a los

a los pibes y los alcanzaron. Les dieron una paliza y los dejaron tirados en la calle. Ni se preocuparon en llamar a la policía. Tampoco tenía mucho sentido hacerlo. Ya sabe cómo es la policía. Se los llevan, los meten por una puerta y los hacen salir por otra.

En el barrio no cayó mal lo que hicieron. Todos estábamos de acuerdo en que a esa gente hay que tratarla así. De lo que nos dimos cuenta fue que eran bravos y había que andar con cuidado de meterse en líos con ellos. Con el tiempo, no se habló más de lo que hacían. Eran como esos árboles que se caen sobre la vereda y quedan ahí durante años. Una pasa por al lado y ya ni se da cuenta que es un árbol caído.

2

Miriam Frade es mi mejor amiga desde que somos chicas. Fuimos juntas a la escuela. Está casada con un gordo macanudo, Roberto, y tiene dos hijos que ya están casados. En ese tiempo, eran muchachos.

Cuando fue el incidente, Rafael tenía dieciocho y Adrián, dieciséis. Muy buenos chicos. Soy la madrina de Rafael; la de Adrián es Norma, la hermana de Miriam. Los dos son muy serios y trabajadores. Se quedaron a vivir en el barrio, acá cerca, como a seis cuadras, compraron una casa vieja, la tiraron abajo y levantaron un condominio de cinco casas. Ellos viven en las dos que dan a la calle. Tienen un nene cada uno y Marcelita, la señora de Adrián, está embarazada de siete meses. Si Dios quiere, va a tener una bebita para octubre.

Le estaba diciendo, una tarde, Miriam vino a casa a tomar mate, como casi todos los días. Me acuerdo que, todavía, ni estaba caliente el agua y, de sopetón, le pregunté:

—Che, Miriam, ¿vos estabas enterada que los que te dije tenían una hija?

—¿Quiénes? ¿Los de enfrente?

—Varias veces me pareció ver a una piba. Hace años la vi. No le di bola. Pensé que sería una visita. Qué sé yo. Era una pibita. Como nunca se ve nada, dejé de prestarles atención hace mucho. Pero ayer a la tarde, me puse a limpiar los vidrios de la ventana del dormitorio y miré para la casa. Se habrán descuidado y dejaron las cortinas a medio cerrar. Me quedé medio dura. La chica se paró justo contra el vidrio y la pude ver bien. Es medio rubiecita, muy blanquita, como de quince.

—¿De dónde salió?

—Para mí que estuvo siempre.

—¿Vos querés decir que la tuvieron escondida desde que llegaron? Vinieron hará doce o trece años.

—Más o menos. El pibe era chico. Ahora debe andar en los veinte y algo, ¿no?

—Luci, ¿estás segura? Es raro.

—Y sí, es raro.

—¿No será ella la de esos gritos?

—Puede ser.

Se imagina que volvimos a estar atentas a todo lo que hacían. Llegamos a saber la hora en que cada uno se iba y la hora en que volvían. Hasta sabíamos que ropa usaban y que el hombre no se cambiaba la camisa por tres o cuatro días seguidos. No nos llamó mucho la atención. Desde que los conocimos, nos parecieron unos sucios. Pero, si era cierto que tenían una hija escondida, no solamente eran unos sucios sino unos desquiciados.

3

Una noche, desde la casa de Miriam, se escuchó un grito. Más que un grito era como un aullido. Ya le dije que Miriam me había dicho que se escuchaban gritos como de animales, como chilli-

dos. Como si estuvieran torturando a un gato. Cuando escuchó el chillido, se le heló la sangre y pensó: «¿No será la chica la que grita así?»

Pasó un rato y, otra vez, el chillido. Se detenía de pronto, como si alguien le pusiera la mano sobre la boca, y volvía a escucharse.

Cerca de una hora estuvo gritando. Hasta que todo quedó en silencio.

Roberto estaba dormido: Le había dicho a Miriam que se dejara de embromar, que no se metiera en lo que no le importaba. Mire si le iba a hacer caso.

Fue al patio. Llevó una silla y se paró encima para espiar por sobre el tapial. Se quedó un rato mirando. No se veía nada raro.

Se le cansaron las piernas y ya se bajaba cuando, de golpe, se abrió una puerta.

La luz iluminó un sector del patio. Miriam se agachó casi por instinto. Estaba asustada pero no podía con la curiosidad.

Las ramas de una planta la cubrían pero no estaba segura si podían verla. Demoró en volver a alzar la cabeza y mirar.

En la parte del fondo, cerca de un galpón, lo vio al hombre.

Cavaba un pozo.

Le corrió un frío por la espalda.

Me juró que estuvo a punto de desmayarse cuando entendió lo que estaba haciendo. ¡Qué horror, Dios mío!

4

Miriam fue corriendo a despertar a Roberto.

Le contó pero Roberto no le hizo caso y siguió durmiendo. Los hijos no estaban así que pasó un rato largo sin saber qué hacer. Se sacó el camisón, se vistió y cruzó a mi casa.

Yo estaba mirando la tele y me asusté al verla golpeando en la ventana. Pensé que había pasado algo grave en su casa.

—Estoy segura que son de una secta. Lo que viste fue el entierro de uno de los animales que sacrifican. Usan la sangre para hacer trabajos. Siempre te lo dije.

—Luci, ¿y si le hicieron algo a la chica?

—No creo. Se lo hubieran hecho antes.

—¿Y si se lo hicieron ahora?

—Miriam, pensá. No estaba cavando una tumba para una muchacha del tamaño que tiene. Dijiste que era un pozo más bien chico. Como para un animal.

Nos quedamos sentadas en la cocina, tomando un licor, y no paramos de hablar de los vecinos hasta las tres de la madrugada. Mariana, mi hija, que es ahijada de Miriam, se despertó y vino a la cocina.

—¿Por qué no se dejan de joder? Son dos chusmas que viven metiéndose en la vida ajena. Esa gente nunca jodió a nadie.

Miriam se había tranquilizado y volvió a su casa. El marido ni se dio cuenta que se fue y volvió.

Me fui a la cama y, como estaba medio borracha por el licor, me quedé dormida enseguida. A duras penas, me desperté cuando sonó el despertador. Le preparé el mate cocido a mi marido y no veía la hora que se fuera para volver a acostarme y seguir durmiendo. Entre la tensión nerviosa y el licor, me sentía agotada. Como si me hubieran tirado encima una bolsa con veinte quilos de papas.

No pude dormir ni media hora. Miriam vino a casa cerca de las ocho. Como las dos tenemos llave de la casa de la otra, se metió en mi dormitorio y me despertó.

—Dale, Luci, abrí los ojos. Pasó algo serio —dijo—. Debe ser muy serio. La policía está enfrente.

Alguno de los vecinos llamó a la policía. Vieron al hombre cargando un bulto en la camioneta. El bulto se movió. Como si fuera alguien vivo y lo hubieran envuelto en una cobija oscura o en

una bolsa de basura de las que usan en los consorcios. Ahí había un animal grande o una persona.

5

Había dos coches patrulleros. Casi todos los vecinos de la cuadra estábamos en la calle. No sabíamos nada ni entendíamos lo que estaba pasando.

—¿Qué puede esperarse de esta clase de gente? Hace rato que sabemos lo que son —dijo Laura.

—Ojalá se los lleven presos —dijo Miriam.

Lo que hicieron no tiene perdón de Dios. Hay que ser muy mal parido para actuar de ese modo. Los tres eran mala gente: ellos dos y el hijo. Pobrecita la criatura. Pobrecita.

6

Con mi marido siempre decimos que el mundo está lleno de locos. Por eso hay que andar con cuidado. Una cosa es juntarse con gente que vive como uno, que tendrá sus problemas, como cualquiera, pero que es normal. Como nosotros.

No le digo que sea fácil la convivencia. Con mi marido tuvimos nuestras peloteras pero al final todo se arregla. Él anduvo con otra. Me enteré por Miriam. Creí que me iba a volver loca. Pero averigüé bien, me enteré quién era ella y fui hasta la casa de la atorranta. Le armé un flor de quilombo y se dejó de molestar. Qué se tenía que meter con mi marido.

Con él estuve como un año sin hablarle pero nos arreglamos. A Miriam le pasó algo parecido. El gordo Roberto se metió con una que tenía de empleada. Miriam hizo lo mismo que yo. La agarró en la parte de atrás del negocio y la cacheteó. Esa no apareció más.

Usted se dará cuenta que nosotros no somos de esos que se divorcian por cualquier cosa. Yo tengo una familia. Una hija. Una linda casa. No me puedo quejar.

Con mi marido, conocemos a toda los vecinos de la cuadra. Y, además de Miriam y el gordo Roberto, somos muy amigos de Lolo y Anita. Mi marido se conoce con Lolo desde que eran muchachos y jugaban al fútbol. A gente así estamos acostumbrados.

Estos que estaban enfrente eran distintos. Desde el primer día pensamos que eran raros. La mujer parecía una drogadicta y jamás la vi charlando con alguien. No me diga que eso es normal. Mire lo que hicieron.

7

Vinieron los de la televisión y nos preguntaban qué habíamos visto. Yo no quise salir. Medio que me daba calor. Miriam habló con todos. Después, la vimos en la tele como en tres o cuatro noticieros.

A medida que pasaron los días, los periodistas dejaron de aparecer y en ningún canal ni en los diarios, dijeron una palabra más sobre el caso. Nunca nos enteramos qué pasó con ellos. Si quedaron presos o los soltaron.

Habrán pasado seis o siete meses cuando apareció un tipo de una inmobiliaria. Puso un cartel de venta en la casa. Demoraron como tres años en venderla. La compraron unos chicos jóvenes. Tenían una bebita preciosa de ocho meses, Emilita. Buena gente, de trabajo, como nosotros. Les tenemos mucho aprecio. Fue una alegría que vinieran al barrio. A todos nos pareció que había sido como esos cortes de luz que duran todo el día y, de buenas a primeras, se enciende la luz. Una se siente contenta, aliviada. Vuelve la normalidad.

8

Aquello fue espantoso. Sabía que eran medio locos pero nunca me imaginé que fuera para tanto.

¡Ah, quiere que le cuente yo! Pensé que lo diría usted.

Bueno, vino la policía y entraron a la casa. Dicen que encontraron a una nena de trece años que había estado encerrada por años. La pobrecita era retrasada mental. Le daban de comer y la bañaban de vez en cuando. La tenían en una pieza y en el garaje. Las paredes estaban acolchadas. Parece que se golpeaba la cabeza contra la pared.

Dijeron que algunas veces la dejaban salir al patio. Cuando los padres no estaban, la cuidaba el hermano. La tenían atada de una pierna a la cama. Pobre chica. Lo peor de todo es que estos degenerados la usaban... Usted sabe. ¡Qué asco!

Eran los dos. El padre y el hermano. Una cosa inmunda. La chiquita quedó embarazada. Ella no tiene la culpa, fue una víctima, como dijo mi marido.

Los chillidos que Miriam escuchó esa noche eran porque la criatura tuvo como una especie de ataque de nervios. Perdió el embarazo. El hijito se le salió antes de tiempo. Dicen que estaba formadito. Lo que Miriam vio esa noche fue al padre enterrando al angelito.

En el barrio dijeron que la nena murió de la infección. Parece que el padre la quiso llevar al hospital y que la nena era lo que llevaba envuelto en una frazada cuando lo vieron.

Eso anduvieron diciendo pero, la verdad, es que nadie sabía bien qué pasó. De lo que estoy segura es que a toda esa familia debieran haberle dado cadena perpetua.

Cuando se mudaron los nuevos dueñas de la casa, Miriam dijo:

—Volvemos a la normalidad.

9

Mientras hablaba con usted, me di cuenta que, después de tantos años, tenía la oportunidad de contar lo que no dije jamás. No sé por qué pero necesito decírselo. Me quema por dentro. Ni al cura se lo confesé. No sé si hice bien.

En esa época, pensé que si. De todas maneras, no habría mucha diferencia. Esos padres y el hermano eran monstruos. Merecían estar presos por lo que le hicieron a la chiquita. Lo que no puedo saber con certeza es si fueron culpables de todo. Hubo una parte de la que siempre tuve dudas. Pero, como le dije, en lo fundamental, nada cambiaba demasiado. Mejor le cuento de lo que me enteré y usted decide si estuve bien o mal.

10

Una tarde me había recostado a la hora de la siesta. Me quedé dormida y me desperté sobresaltada, como si hubiera estado soñando con cosas malas. La noche anterior tampoco había dormido bien. Había estado como una hora dando vueltas de un lado al otro sin poder pegar un ojo. Mi esposo roncaba como un tractor.

Diga que, con los años, una se acostumbra a los ronquidos. Una se acostumbra a lo que sea. Es como el momento en que una se mira en el espejo y descubre que tiene una arruga. Se sigue mirando cada día y las arrugas aumentan. Si no se hace una cirugía estética, llega el día en que se acostumbra a tener la cara arrugada. Igual que se acostumbra a las hemorroides y a los juanetes. Son cosas naturales. Que nos pasan a todos. Y una no es de esas que están en la televisión y viven operándose hasta las orejas. Pero, bueno, una no nació para esa clase de vida. Lo de una es cuidar la familia, vivir tranquilos, no andar metiéndose en problemas. ¿Me entiende?

Justamente, lo que pasó esa tarde y yo vi era un problema.

Me levanté para tomar unos mates. Me miré las uñas y las tenía hechas un asco. Fui al baño a buscar el esmalte y volví justo cuando el agua empezaba a hervir. Le puse una cáscara seca de naranja al mate y lo probé. Estaba muy caliente. No sé por qué pero es como que relaciono el calor del agua, ese trago caliente que me quemó la garganta, con lo que vi un rato después. Puse el termo, el mate y el azúcar en una bandeja y me acomodé para ver el teleteatro. Entonces, veo un bicho enorme contra el vidrio de la ventana. Enrollé una revista y lo aplasté. Lo levanté del piso con la revista y fui a tirarlo a la basura. Volví para limpiar el vidrio porque había quedado manchado con los restos del bicho. Y así fue que vi lo que vi.

11

La ventana de enfrente tenía la cortina descorrida. Me quedé mirando. Había un poco de reflejo en el vidrio pero vi todo muy clarito. La chiquita se arrimó a la ventana mirando para afuera. No sé cómo seguir contándole.

Vea, le vi los pechos. Casi ni tenía. La nena estaba desnuda. Eso es lo que vi.

Pero vi algo más. ¡Qué Dios me perdone!

Lo vi al hijo de Miriam, a mi ahijado, Rafael.

La agarró de atrás y la hizo retroceder. Los perdí de vista a los dos. Entonces, fue que lo vi al Adrián. Estaba sin camisa y se reía. Cerró la cortina, como si se hubiera dado cuenta que podían ver lo que estaban haciendo.

Me quedé quieta, entumecida. Pensé que me moría. Se me aflojaron las piernas y tuve que acostarme en la cama porque me pareció que me desmayaba. Me dieron náuseas y tuve ganas de salir corriendo, ir hasta esa casa y golpear la puerta.

No hice nada. Me quedé ahí, tirada. Mirando el techo. Llegó mi hija. Me dijo que se iba a estudiar a la casa de una amiga. Ella estaba en el colegio secundario. Apenas le contesté. Me preguntó si me sentía mal. Le mentí diciéndole que me había venido la menstruación. Para colmo, cuando Marcelita se fue, vino Miriam. Estaba contenta porque el gordo Roberto le había prometido comprar un lavarropa nuevo.

No le dije nada. Esperé que llegara mi marido a la noche.

—Callate la boca. Hay cosas de las que no se hablan.

Mi marido tenía razón. Los hijos de Miriam eran buenos chicos. Estudiaban, no fumaban, no andaban emborrachándose, no se drogaban. Chicos sanos. No sé qué pudo haberles pasado. No sé cómo pudieron enterarse de la infradotada pero me imagino anduvieron vigilando para ver cuándo se quedaba sola.

A lo mejor, ella los provocó. Los chicos pasaron y ella se paró desnuda en la ventana. En una de esas no era tan tarada, como dijo mi marido.

A Miriam ni siquiera le insinué algo. Debe ser la única cosa que le escondí en más de cuarenta años de conocernos. ¿Qué iba a decirle? No podía andar ensuciando a sus hijos. Además, si hicieron lo que no debían, se enmendaron. Adrián es kinesiólogo y Rafael trabaja en una empresa.

Estoy segura que los chicos no fueron los culpables del embarazo. Esos fueron el padre y el hermano. Dos degenerados.

Me hizo bien contarle.

Le voy a servir otro café. ¿Quiere probar un bizcochuelo?

Caro y Luz

1

—Marina está embarazada.

—Qué mal, boluda.

— Se lo va a sacar.

—Es un bajón.

—El viejo la mata si se entera. La otra vez, fui a la casa y me lo encontré. No sabés cómo jodió con los tatús. Me mira y me dice: «Caro, sos linda chica, ¿no vez que te arruinás con ese aro que te ponés en la nariz». Le digo: «Se llama pircing». Saco la lengua y me ve el otro. Casi se va de culo. Dice que estoy reloca. Es un rompe huevos.

—¿Maxi qué dice?

—Se borró el chabón. Transa con Martina como cinco meses y la larga en la mala. A la cheta de la hermana, la vamos a cagar a palos.

—¿Por?

—¿De qué la va? Por Martina no se la dimos antes. Ayer, me dijo que mañana la agarremos a la salida del cole. Hablé con Nata y dijo que ya la tenía calada.

—No las entiendo. ¿Para qué?

—Vos no le viste los zapatos que usa cuando va a bailar. ¿De qué se las da?

—Te podés meter en un bardo. Con la otra concheta zafaste ahí. Cortala, boluda.

—Se lo merecía.

—Estuvo internada como una semana. No está bien pegarle a una sola entre ocho.

—Somos «Las costras» y hacemos lo que nos da la gana.

—Las pueden agarrar.

—¿Quién? La yuta se queda mirando. Si se meten, ¿qué van a hacernos? No nos toca nadie. Somos menores.

—No sé por qué te agarrás a piñas. En tu grupo hay dos o tres que no me caben. Son de lo peor.

—Cada una en lo suyo. Y todas en lo de cada una.

—No sé, Caro. No me va lo que hacen. Nata está de la nuca. En la plaza hicieron un despelote.

—Nata la tiene reclara. Le rompimos la cara a esa dos chetas del cole de los curas. A las de ese cole, se la vamos a dar a todas. Te juro. Ya lo decidimos.

—No está bien. La seguís a Nata como si fuera una diosa.

—No me jodas, Luz. Te cuento porque sos mi hermana. Si vas a usar lo que te digo para joderme, voy a terminar por no hablarte más.

—Te digo lo que me parece. No te quiero joder.

—Mejor. Terminé. ¿Me quedaron parejas las cejas?

2

—Armame un porro.

—Hacetelo vos, pendeja.

—Dale. ¿No ves que no terminé de pintarme las uñas?

—Está bueno ese color. Lo voy a usar.

—Si querés que te lo preste, dame un porro.

—Canje, canje. Si sos así a los catorce, a los veinte sos usurera.

—¿Y eso?

—El que te presta guita y siempre te caga.

—Caro, yo no soy de cagar a nadie.

—A fin del año que viene, cuando termine el cole, cargo todo y me voy al toque.

—¿Te vas a ir?

—Obvio. Hago la mía. No banco más.

—No te hice nada.

—Vos no.

—Anoche, mamá estaba llorando. Hubo otro bolonqui con el viejo. Medio que pudren.

—Cosa de ellos.

—Podría ser distinto.

—Es como es.

—¿Mamá se habrá casado virgen?

—Luz, no seas pelotuda.

—Era otra época.

—Se calienta como la mejor.

—No está bien hablar así de mamá.

—Yo sé lo que digo.

—Ella iba a misa con la abuela.

—Los católicos son más falsos que nadie.

—Cada vez estás más rara. Como si estuvieras enojada con medio mundo. Te sacás por cualquier cosa.

—Estoy harta de los garcas.

—Yo no soy garca.

—Por ahora.

—¿De verdad pensás que mamá no era virgen al casarse?

—Estás en pedo. Mamá anduvo con otros tipos antes del viejo. ¿Te creés que no ligaba?

—¿Cómo sabés que hubo otros?

—La escuché hablando con la tía Teté.

—Tomá el esmalte. ¿De qué hablaban?

—De los chabones que se transaron. A la tía Teté se la garchó un chabón casado. Anduvo como dos años con el casado. La tía tenía diecinueve y el chabón le llevaba como veinte.

—¿En serio?

—La tía Teté lo cagó al tío con un montón de tipos. Me copa la tía Teté. ¡Aguante la tía!

—¡Rajá, boluda! Me estás jodiendo.

—Te lo juro. Se la garcharon todos los del gimnasio.

—Sos una versera.

—La tía Teté cambió de gimnasio tres veces. Se renueva.

—¡Sos un cago de la risa! Te la pasás mintiendo.

—Mamá tendría que hacer lo mismo.

—Mamá no es capaz.

—Tiene cuarenta. Las de cuarenta están regaladas. Son una viejas chotas que se las tiran de pendejas.

—Mamá se mantiene bien.

—A las de cuarenta se les cae el culo, las tetas, los dientes; y están llenas de várices y grasa.

— A mí no se me va a caer nada. Me cirujeo de una.

—Hay una concheta que se hizo las lolas. Tiene quince. No la podemos cazar sola. Siempre anda con unos pibes. A esa, si la agarro, la corto.

—No te zarpés.

—Que le quedé una marca. Para que se sepa.

—¿Se sepa qué?

—Me podrís, Luz. Hay días que estás infumable.

3

—¿Me vas a dar el porro?

—Lo estoy pensando.

—Se puede ser buena gente.

—¿Qué es eso?

—Tirar buena onda. No andar en líos. Qué sé yo.

—Esto te lo regalo.

—Sí, porque te queda chico.

—Sos una desagradecida. Te doy mi mejor pulóver y lo tomás a mal.

—Prestame el jean celeste.

—Ni en pedo.

— A vos te va a pasar lo de Martina.

—Imposible.

—Si a ella le pasó, te puede pasar.

—Tomo recaudos.

—¿Cuáles?

—No voy a decirte.

—Charli usa forros. Pero se le pueden pinchar.

—Charli ya fue. Estoy con el Colo. El Colo es un caño, boluda.

—No me contaste nada. ¿Desde cuándo?

—Transamos el fin de semana. Charli me vio con el Colo. Se enojó. A la salida se cagaron a piñas. El Colo casi lo mata.

—Pobre Charli.

—Es un pichi.

—Estabas enamorada de él.

—Estas en pedo, boluda. Me gustaba y hasta ahí. Quiero un chabón que la tenga clara. Uno de treinta me calza.

—¿Para qué querés un viejo?

—Saben.

—¿Cómo sabés?

—Me la contaron. La hermana de Lizi anda con uno que está casado. La grabó mientras garchaban.

—Estás en cualquiera, boluda.

—No te va la monja. Ahora, no te cuento algo importante de lo que me enteré.

—¿Me das una pitada?

—Es sobre el viejo.

—¿El que se la transa a la hermana de Lizi?

—Papá. Tu viejo.

—¿Qué es?

—Te mentí cuando te dije que andaba con una mina.

—Igual, no te creí. Siempre mentís.

—Andaba con un pibe. Sabelo. Estaba en la Plaza Once. El pibe era chico. De ocho o nueve. Uno de esos que aspiran y quedan dados vuelta.

—Lo habrá llevado a comer.

—Vos sí que sos pendeja bien pendeja. Encontré fotos viejas del viejo y de un amigo. No sé quién es el amigo. Hay pibes. Son todos pendejitos.

—Te la pasás mintiendo.

—Les saqué fotos con el celu. Las puse en un pendrive.

—Dame el pendrive.

—En el placard. Arriba. Parate en la silla. Está al fondo. No me pisés el vestido, boluda. Ponelo en la cama.

—Mejor que sea verdad. Ni «Las Crostras» te van a salvar de la paliza que te doy.

—Costras no crostas, boluda, y bajá un cambio. Meté la mano bien atrás. Hay una cajita.

—Ya la encontré. ¿Para qué la ataste?

—Trae.

—¿Vas a mostrarme?

—Tranqui. Ya lo conecto. Mirá.

—¡Pará, boluda! Son pendejitos en bolas.

—Ahí está el amigo del viejo. Un zarpado. Los dos pendejitos que están con él no tienen más de seis o siete años.

—Esto no está bien.

—Ahí está el viejo.

—Es una asquerosidad.

—Quisiste mirar. Me trataste de mentirosa. Ahora, miralas todas. ¿Qué decís?

—¡Na, boluda, esto es mierda!

—Hay mas pendejitos. Siempre están en bolas. En esa se están tocando. Un desconche. El viejo también tiene videos.

—Esto es una cosa mala.
—¿Qué tiene de malo?
—Son pendejitos.
—El viejo las hace.
—Mamá puede enterarse. No va a gustarle.
—Ya lo sabe.
—Mamá no aceptaría una cosa así.
—¿No?
—¿Vos creés que mamá sabe?

4

—Dame que lo guardo.
—Tiralo a la mierda. Borralo, loca.
—No. Me sirve de prueba.
—¿Prueba de qué?
—De que es un hijo de puta.
—¿Le vas a decir a mamá?
—Te dije que mamá ya sabe.
—¿Vio las fotos?
—No sé.
—Tonce, ¿cómo sabe?
—¿Vos no tenés nada para contarme?
—¿Yo? No se qué.
—Pensá, Luz. ¿Querés decirme algo?
—¿Cómo qué?
—Como lo que le conté a mamá hace seis años.
—¿Qué le contaste?
—Del viejo hijo de puta.
—Tonce, se enteró por vos de las fotos.
—¡Qué pelotuda sos! No le dije de las fotos. Todavía no las había visto.

—¿Qué le contaste?
—¡Dale, boluda!
—No entiendo, Caro. Decilo de una.
—Mamá dijo que era una mentirosa de mierda.
—Y tiene razón. Te la pasás mintiendo.
—Tenés razón. Me la paso mintiendo. Dejalo ahí.

Como ojos que miran las basuras Juan Carlos Boveri